JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

EL DINERO DEL DUQUE

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
1924

EL DINERO DEL DUQUE

JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

EL DINERO DEL DUQUE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Infanta Isabel, de Madrid,
el día 12 de Marzo de 1924.



MADRID
1924

A manera de prólogo [1]

DE AUTOR A AUTOR

Fué el año pasado, allá por el mes de Julio, cuando Juan Ignacio Luca de Tena me trajo a mi casa el regalo de *El dinero del duque*. María Palou, Luis Gabaldón y quien esto escribe matamos alegremente unas horas de calor, saboreando la divertidísima lectura que su propio autor, atropellando vertiginosamente la dicción, daba a los tres actos de su alada y primorosa comedia. Y digo que era un primor por el tino, el cuidado y la ponderación de la factura, y que tenía alas, por la ingrávida agilidad del diálogo que iba devanando como una madeja y desgranando como las cuentas de un collar la doble complicación de la fábula escénica. Pero ya estoy elogiando, y no es eso lo que me proponía.

Has de saber, lector suave, que si Juan Ignacio Luca de Tena hízome la merced de su obra para que la representara con mi compañía, hízome después el tuerto de quitármela, cuando yo me disponía a estrenarla en mis queridísimas y españolísimas tierras del Perú. Claro está que me la quitaba en gran señor, como a él corresponde, por medio de copioso y costoso cablegrama en que aludía a la índole de la comedia, al público

(1) N. del A. Este artículo, de D. Felipe Sassone, fué publicado en la revista *Nuevo Mundo*. El autor no puede resistir la tentación de reproducirlo para encabezar este libro, haciendo constar al mismo tiempo su profunda gratitud al insigne escritor, *maestro suyo siempre*, que une al talento de un cerebro privilegiado la generosidad de un corazón como hay pocos.

de mi teatro y a los apremios justificadísimos de Arturo Serrano, y como yo sé lo que vale estrenar en Madrid, y como uníame y me une aún buena amistad con el autor y el empresario pedigüeños, me dejé tranquilamente, pero no sin pena, quitar el dinero... del duque, que, como ha venido a demostrar el tiempo, resultó ser también el dinero de la taquilla. El hecho clamaba venganza, y he aquí que siento la necesidad de erigirme en crítico para darme tan alto y tan alegre placer de dioses.

Mas es el caso que yo no sé cómo se pueden llenar con decoro menesteres de criterio literario cuando no se es estilista, y yo no lo soy; ni cómo la crítica, que ha de ser entusiasmo, capacidad de admirar, descubrimiento de bellezas y exaltación de méritos, puede convertirse en instrumento de venganza, rebuscando fealdades, descubriendo defectos y cazando gazapos, que, cuando no se hallan, se inventan con mezquina intención. Y he aquí que se estrella mi mal deseo y no puedo vengarme de Juan Ignacio Luca de Tena. Ya puesto en el trance de opinar, doile de buen grado la sincera opinión que me pidiera el día de la lectura, y que si no me reservé hablada, no quiero reservarme tampoco escrita hoy que el éxito de *El dinero del duque* me da la alegría de un acierto y me acredita de buen catador.

Por lo que se refiere a su contenido ideológico, no es esta comedia de las que deben enorgullecer a un autor; pero tampoco anda la obra tan escasa de ideas que deba sólo basarse en el acierto definitivo y pleno de la factura el éxito de aplauso entusiástico y rotundo que saludara su aparición. Aparte la habilidad de haber tejido con dos hilos la trama, uno de codicia y otro de amor—y no hay obra dramática sin la intervención de alguno de los pecados capitales, y aquí asoman dos, siquier sea en proporciones dosimétricas—, el apuntar a la lucha de clases, el proclamar la igualdad en el amor, el negar la pureza de la estirpe aristocrática, el encararse, en fin, entre satírico y mora-

lizador, con esa parte de gente que se llama a sí misma "gran mundo" y donde el autor ha de encontrar, por su posición social, halago, parabién y diversión, revelan el temple moral de Juan Ignacio Luca de Tena y la noble independencia de sus opiniones, y ungen con valores más altos una comedia cuya urdimbre parecía hecha, burla burlando, con la sola intención de entretener.

En el segundo acto de *El dinero del duque* pregúntale Don Gustavo a Papín Oca: "¿Usted sabe cuántos antepasados directos, contemporáneos del primer duque del Olmo hace cinco siglos, tiene Arturo?" Y ante la exclamación de extrañeza y de protesta que formula Papín Oca, agrega: "Pues multiplique usted por dos hasta tantas generaciones como puedan haber transcurrido desde el siglo XVI hasta nuestros días. A tres generaciones por siglo, podemos calcular quince generaciones, y me quedo corto. La cuenta es sencillísima. Verá usted los antepasados que salen. Todos los hombres tenemos cuatro abuelos, ocho bisabuelos, diez y seis tatarabuelos. ¿Sabe usted los antepasados directos que podríamos calcularle a Arturo si continuáramos multiplicando por dos hasta la décimoquinta generación? Pues unos treinta mil, aproximadamente. Por las alianzas entre parientes le concedo a usted que queden reducidos a la mitad... A la cuarta parte. Y como la cuarta parte de treinta mil son siete mil quinientos, esos eran, reduciendo mucho, los antepasados directos de Arturo en el siglo XVI. ¡Siete mil quinientos! Uno de ellos era duque, ¿pero, y los otros, que ni siquiera se conocerían entre sí? ¿Quién le asegura a usted que entre esos antepasados directísimos no había uno que fuera esclavo de un abuelo mío? Porque espero reconocerá usted que mi hija desciende también de aquellos hombres que en Lepanto y en Villalar lucharon, unos, por el Rey, y por la libertad, otros; de los asesinos de Escobedo y de los pilluelos desarrapados que fueron a poblar América llamándose López. ¡Y Pérez! Bien es verdad que hay muchos López y Pérez que

hoy habitan América y que se creen de una raza aparte de los conquistadores españoles. En esto de los antepasados, cada uno se apropia el que más le conviene y desprecia a los demás."

A mí, que me parecen graciosos y valientes los razonamientos de Gustavo, se me ocurrió decir todo lo contrario hace poco más de un año, cuando me salió de las manos mi *¡Calla, corazón!* En el primer acto de esta comedia afirmaba Soledad, la protagonista, discutiendo con el marqués de Cuevaclara: "Pues sí, soy aristócrata por lo que la idea de aristocracia trae consigo, por lo que significa el título que se hereda, que al fin de cuentas vale más que el que se gana. Sí, señor tío. El primer marqués de Santolmo, por ejemplo, acaso fué un destripaterrones. O un rudo guerrero medieval, o un paje, o un criado que cercenó dos cabezas de un mandoble, o asesinó por su señor, o cumplió quién sabe qué pecaminosos manejos de correveidile o de tercero, y por eso le dieron el título. Pero los hijos, y mejor que los hijos los nietos, y mejor aún los bisnietos y tataranietos de ese primer marqués, para marqueses se criaron, y educados en hidalguía, por responder al linaje y abonarle con sus acciones, fuéronse haciendo cada vez más caballeros y más finos, hasta dar por resultado este marqués de Santolmo actual que ya sabe serlo."

Perdonada que me sea la autocita, me importa señalar, no mi razón ni la de Juan Ignacio Luca de Tena, acaso la tengamos los dos, sino que en ambas comedias, por caminos distintos, nos encontramos con la misma verdad: la de la igualdad en el amor. Y no porque el amor iguale, que ni yo lo creo ni Juan Ignacio Luca de Tena quiere probarlo, sino porque no puede haber amor verdadero más que entre iguales. "*Donne e buoi dei poesi tuoi*", que dicen los italianos, o "Cada oveja con su pareja" en nuestro refrán español, o mejor y más noblemente expresado con Shakespeare, "Ni más alta ni más baja; a la altura de mi corazón". Y es que para que dos corazones la-

tan al unísono han de latir al unísono también los cerebros, y sólo se quieren bien, con amor duradero y sólido, los que tienen los mismos gustos, la misma educación, el mismo temperamento; los que congenian, en una palabra, porque en el amor no suele darse la armonía de los contrarios.

De todo ello resulta que no es tan frívola, como a primera vista parece, esta alada y primorosa comedia de *El dinero del duque*. Ya sabía yo que a Juan Ignacio Luca de Tena se le podrán ocurrir ideas hondas y transcendentales; lo que no sabía, y lo sé ahora y por ello me regocijo, es si habría de tener, para cuando se le ocurrieran, la facilidad de expresión formal, indispensable para que no parezca que piensa mal el artista que piensa bien.

La prueba de *El dinero del duque* es concluyente. Sobre la acertada y pintoresca reproducción de el medio en que se mueven los personajes, por encima de la habilidad con que la experta mano del dramaturgo los lleva y los trae a escena, brillan con limpieza de piedra preciosa la naturalidad, la propiedad, la fluidez y la gracia del diálogo. Y las comedias son eso, diálogo; lo fueron siempre, desde los griegos acá, y el arte de hacer comedias es el arte de dialogar, porque es mentira que de una acción preconcebida, del dinamismo de los acontecimientos, vayan saliendo las palabras, y es verdad, buena verdad teatral, en cambio, que de las palabras, porque no sólo se piensa con las palabras, sino por las palabras, va saliendo, como sin querer, el hilo de la acción, que se enreda sola, y se hace prieto nudo, y se desenlaza después por virtud de los pensamientos que trajeron consigo las palabras. Y... "*chi puo capire, capisca*", que diría Rosso di San Secondo.

Hasta aquí mi venganza. No puede decir mi querido compañero Juan Ignacio Luca de Tena "así paga el diablo". Pero conste que me debe una comedia.

He dictado de prisa y corriendo y con mucha alegría este artículo, bajo de forma y alto de intención,

porque acaso es el último que de autor a autor, de camarada a camarada, tú por tú, podré dedicarle a Juan Ignacio Luca de Tena. Con dos comedias más como *El dinero del duque,* que han de venir pronto, tendré que llamarle con toda sinceridad y con todo rendimiento: maestro.

¡Casi estoy por llamárselo ahora mismo!

Felipe Sassone.

A

Eduardo Palacio Valdés

notabilísimo periodista, insubstituíble Secretario
de nuestra Asociación de la Prensa
y amigo mío muy querido.

Juan Ignacio Luca de Tena.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAROLINA SAMBENITEZ	Eloísa Muro.
NATALIA	María Bassó.
CONDESA DE CASTAÑARES	Angelina Vilar.
LAS CURSIS	Milagros Guijarro. Manolita Iglesias.
UNA INGLESA	Celia Reina.
LA SEÑORA DE COMPAÑIA	María Hurtado.
UNA NOVIA	Isabel Alemany.
UNA SEÑORA	Concepción Piquer.
DON GUSTAVO SAMBENITEZ	José Calle.
ARTURO, DUQUE DEL OLMO	Nicolás Navarro.
MANOLO	Antonio Suárez.
PAPIN OCA	Salvador Mora.
JUANITO CHANTADA	José Gallardo.
BARRIOS	Pedro Valdivieso.
PANCRACIO ARTETA ...... PERALTA	Rafael Acebal.
UN CRIADO	Julián G. Valbuena.
UN CAMARERO	Antonio Queipo.
UN JOVEN	José Cabrera.
BOTONES	José Caro.
UN NOVIO	Joaquín Romero.

La acción de los tres actos en Madrid. Derecha e izquierda, las del actor. Epoca actual.

PRIMER ACTO

Gabinete que sirve de antedespacho o salón de espera en casa del célebre abogado D. Gustavo Sambenítez. Puertas al foro y laterales. Entre el foro y el lateral izquierda, un chaflán con balcón. Es por la tarde, y en el mes de Mayo.

Al levantarse el telón está en escena Peralta, uno de los pasantes de D. Gustavo, hojeando unos papeles. Por el foro sale D. Gustavo, con sombrero y bastón, acompañado de un criado.

DON GUSTAVO

¿Está la señorita?

CRIADO

Hace un rato que regresó del colegio; sí, señor.

DON GUSTAVO

Tome, lleve esto a mi cuarto.

Le entrega sombrero y bastón. El criado hace mutis por la derecha.

¿Qué hay, amigo Peralta? Perdone usted si con mi tardanza he retrasado su hora de salida. No ha sido mía la culpa.

PERALTA

¡Por Dios, no tengo prisa! ¿Qué tal esa causa?

DON GUSTAVO

Vista para sentencia. Mi contrincante ha hecho un informe de tres horas.

PERALTA

¿Usted ha rectificado?

DON GUSTAVO

Diez minutos... El pleito era clarísimo, como usted sabe. De lo contrario, yo no me hubiera encargado de él.

PERALTA

Su sobrino de usted, Manolo, telefoneó preguntando si estaba usted en casa. Le dije que no tardaría en volver.

DON GUSTAVO

Querrá darme un sablazo, como siempre. ¿Algo más?

PERALTA

Ha tenido usted la visita de una señora.

DON GUSTAVO

¡Hombre! ¿Guapa?

PERALTA

Guapísima. Una viudita, la condesa viuda de Castañares.

DON GUSTAVO

No la conozco.

PERALTA

Venía interesadísima en verle a usted, y no le pude sacar ni una palabra del asunto que trae.

DON GUSTAVO

Bueno; vamos un momento a despachar esos asuntillos pendientes, y en seguida le suelto.

PERALTA

Cuando usted quiera.

DON GUSTAVO

Pase.

Peralta y D. Gustavo hacen mutis por la derecha, cerrando la puerta. Carolina, encantadora colegiala de diez y seis años, sale entonces por la izquierda, cruza la

escena rápidamente, de puntillas, algo temerosa, y se acerca a la puerta por donde se fué su padre. Primero aplica el oído a la cerradura, y después, un ojo. Por el agujero ve que su padre va a salir a escena, y entonces se retira rápidamente de la puerta. Para disimular su curiosidad, coge un libro cualquiera. Con la precipitación tira involuntariamente una pila de tres o cuatro que están sobre la biblioteca, y que caen con estrépito.

CAROLINA

Asustada.

¡Huy!

Al huir tira igualmente un retrato con marco.

¡Ay!

Va a sentarse en una butaca próxima, y en su azoramiento tropieza con la alfombra y está a punto de caerse.

¡Jesús!

Se sienta y finge que lee.

DON GUSTAVO

Por la derecha.

¿Pero qué haces, hija mía?

CAROLINA

¡Ay, papá! Leía, ya lo ves... Leía.

DON GUSTAVO

¿Y todo esto se ha caído solo?

Lo recoge.

¡Ay, qué novelera eres!

CAROLINA

¿Por qué me dices eso?

DON GUSTAVO

Porque lo eres, nenita. ¿Vas a salir?

CAROLINA

Natalia Zancón me ha prometido venir a buscarme con su señora de compañía, no pueden tardar. Luego,

a última hora, tal vez demos una vuelta por la Castellana. Hoy he salido más temprano del colegio.

DON GUSTAVO

Ya lo veo.

Don Gustavo se acomoda en una butaca. Carolina, sobre sus rodillas y le acaricia mientras habla.

CAROLINA

Porque mañana es la distribución de premios... Y yo quería pedirte una cosa...

DON GUSTAVO

Embobado con ella.

A ver...

CAROLINA

Mañana salgo para siempre del colegio, papín mío; ¡ya no volveré otro año!, ¡ya soy una mujer!

DON GUSTAVO

Y tú quieres que asista a la distribución de tus premios, ¿no es eso?

CAROLINA

Muy mimosa.

Claro que sí. Todas las niñas van con sus mamás y sus hermanas mayores. ¿No es justo que yo quiera tenerte a mi lado en ese día tan grande de mi vida?

DON GUSTAVO

Pues mira, nenita. Mañana por la tarde tenía yo nada menos que informar en el Supremo; pero por darte gusto soy capaz hasta de ponerme enfermo.

CAROLINA

Con repentino arrebato de cariño.

¡Ay, qué papaíto más rico tengo! ¡Sol! ¡Encanto! Te quiero más...

DON GUSTAVO

¿Se le ocurre otra cosa a la señorita?

CAROLINA

No; es decir, sí. Pero eso me cuesta más trabajo pedírtelo...

Le acaricia los cabellos.

DON GUSTAVO

¿Por qué, tontina? Si no es una locura, ya está concedido.

CAROLINA

No es una locura, no. Pero como tú eres un poco retraído y sé que no te gustan esas cosas...

DON GUSTAVO

Venga ya lo que sea.

CAROLINA

Mañana salgo del colegio... Y dentro de ocho días me pondré de largo... Tú, tú conoces a mucha gente gorda... Yo tengo amigas que ya han salido del colegio otros años y que van a todas partes. También conozco algunos muchachos, no creas, y de los más "bien" que hay: ¡más "bien", más "bien"...! Mira, el domingo pasado, sin ir más lejos, Conchita Zaforteza nos llevó al Golf a Natalia y a mí. Y nos presentó a unos cuantos, simpatiquísimos.

DON GUSTAVO

Bien, y ¿qué..., qué quieres?

CAROLINA

¡Papá...! ¡Un baile en casa el día que me ponga de largo!

DON GUSTAVO

¿Pero, hijita, tú sabes lo que dices? Ni yo sé cómo se hacen esas cosas ni tú tampoco, nena.

CAROLINA

¡Yo sí!

DON GUSTAVO

¡Un baile de categoría! ¡Ahí es nada! Probablemente nos pondríamos en ridículo.

CAROLINA
Enfurruñada.

No sé por qué.

DON GUSTAVO

Porque sí, nenita. Si quieres una fiesta íntima, con tus amigos, con los nuestros, encantado. Pero otra cosa...

CAROLINA

¡Otra cosa sí, papá!

DON GUSTAVO

Bueno, bueno; ya veremos. Ahora voy a trabajar. Tengo a Peralta en mi despacho.

Se levantan.

CAROLINA

Siempre estás trabajando.

DON GUSTAVO

Para no perder la costumbre, hija. Si durante toda mi vida no hubiera trabajado con tanta intensidad, no viviríamos ahora como vivimos.

CAROLINA

¿Y de qué nos sirve? ¿Para qué queremos el dinero? ¿Para qué esta casa nueva, que yo te he arreglado con tanta ilusión, si no es para lucirla?

DON GUSTAVO
Comenzando a ablandarse.

¡Ja, ja, ja! Ya veremos, ya veremos.

CAROLINA
Muy contenta.

¿Sí, verdad?

DON GUSTAVO

Que ya veremos, te digo.

Va a marcharse, y se detiene.

¡Ah, oye! Tú que conoces de nombre a todo el mundo. ¿Sabes quién es la condesa viuda de los Castañares?

CAROLINA

¡Ya lo creo! Anita Castañares, como la llama todo Madrid.

DON GUSTAVO

¿Quién es?

CAROLINA

Pues es... eso: Anita Castañares.

DON GUSTAVO

Sonriendo.

¿No sabes más?

CAROLINA

¿Te parece poco? ¿Por qué me lo preguntabas?

DON GUSTAVO

¡Qué curiosa eres!

CAROLINA

¿Por qué me lo preguntabas, papá? ¿Te ha hecho alguna consulta?

DON GUSTAVO

¡Curiosona!

CAROLINA

Pues mira, si viene aquí, me la tienes que presentar, ¿sabes? Es guapísima, elegantísima y creo que muy simpática.

Sale por el foro el criado

CRIADO

Anunciando.

La señorita Natalia.

Mutis.

DON GUSTAVO

Bueno, bueno, hasta ahora.

Mutis por la derecha.

Por el foro sale Natalia Zancón. Es un poco mayor que Carolina, pero representan la misma edad. Ya está de largo. Llega precipitadamente y muy sofocada.

NATALIA

Hija, vengo emocionada. ¡Emocionada, emocionada! Me ha venido siguiendo un pollo elegantísimo.

CAROLINA

¿Ah, sí?

NATALIA

Yo creo que es un marqués. O por lo menos, diputado provincial.

Quitándose el sombrero.

Con tu permiso me voy a asomar al balcón sin sombrero, para que crea que vivo aquí, ¡a ver si lo pesco! Si ve mi casa se desilusiona.

Se asoman las dos al balcón.

CAROLINA

¿Es aquel?

NATALIA

No, mujer, qué va a ser aquel; mucho más guapo, lo que se dice un muchacho "bien"... ¡Se ha marchado! ¿Habrá sinvergüenza?

CAROLINA

¿Saldremos?

NATALIA

Como quieras. Ahí fuera he dejado a mi carabina; en el *hall*.

CAROLINA

Oye.

NATALIA

¿Qué?

CAROLINA

Una noticia, chica, la gran noticia: mi primo Manolo se me ha declarado.

NATALIA

¿Que se te ha declarado Manolo?

CAROLINA

Lo que oyes, hija, lo que oyes.

NATALIA

¿Pero cuándo?

CAROLINA

Esta mañana. ¿Qué te parece?

NATALIA

Es un cínico. Por supuesto, que tú le habrás dicho...

CAROLINA

¡Figúrate! Se ha ganado unas calabazas como para él solo.

NATALIA

Naturalmente. ¿Adónde iríamos a parar?

CAROLINA

Además es un fresco. Y además no tiene ningún porvenir. Y además es un vago. Y además no me gusta.

NATALIA

Simpático lo es.

CAROLINA

Te lo parecerá a ti.

NATALIA

¿A mí? No, hija, que también aspiro a algo más. Se ve por ahí cada muchacho, que es para volverse loca, ¡loca, loca, loca! ¡Ay...! ¿Te acuerdas de aquel que nos presentaron el domingo en el Golf?

CAROLINA

Eran tantos.

NATALIA

Uno sobre todos: Arturo Heredia, el duquesito del Olmo.

CAROLINA

¡ Ah, sí ! Apenas hablamos con él. Se fué en seguida.

NATALIA

¡ Pero qué guapo ! ¿ Tú te fijaste en lo guapo que era ?

CAROLINA

Mucho.

NATALIA

¡ Qué guapo, qué guapo ! Y dicen que además es simpatiquísimo.

CAROLINA

¡ Y nada postinero !

NATALIA

¡ Y diplomático !

CAROLINA

¡ Y muy buen hijo !

NATALIA

Y hace poco heredó, con el título, una de las principales fortunas de España. En fin, chica, una ganga. Yo le voy a cultivar, no te digo más.

CAROLINA

¿ Que le vas a cultivar ? ¿ Cómo ?

NATALIA

Mujer, como las patatas no será. Hace varios lunes que me convidaron a cenar en Ritz; estaba Arturo en una mesa muy cerca de mí. Como algún día se repita la coincidencia, procuraré timarme.

CAROLINA

¿ Serás capaz ?

NATALIA

¿De timarme? ¡Ja, ja, ja! Y tú también, dentro de tres meses, ya verás. Tú déjate siempre guiar por mí. Hay que timarse con todos, procurar que se declaren todos... y, después, no hacerle caso a ninguno, como no convenga mucho, mucho, mucho, mucho. Lo malo es que yo no voy a Ritz casi ningún lunes, y él suele brillar por su ausencia los domingos por la tarde, que es cuando yo voy. Los domingos hay más mezcla de gente, ¿sabes?; pero es que las comidas de los lunes cuestan un sentido. No he conseguido que mamá me lleve ni una sola noche. Cuando me convidan, nada más...

CAROLINA

Con ilusión.

¡Ay! A mí me gustaría casarme con un diplomático. ¡Ver mundo..., muchas tierras distintas..., horizontes nuevos...! Europa, con sus grandes poblaciones; París, Londres, Roma. Y las ciudades nuevas del continente americano...

Sale Manolo por el foro. Es un muchacho de lo más simpático: franco, campechano, un poco brusco en su conversación y capaz de decirle cuatro verdades al propio lucero del alba. Viene vestido con desaliño. Su llegada coge desprevenidas a las dos amigas.

MANOLO

¡Buenas tardes!

CAROLINA

¡Jesús, hijo, qué manera de entrar!

MANOLO

Natalia...

NATALIA

¡Hola, Manolo!

Se dan la mano.

MANOLO

A Carolina, con mal modo, en lugar de saludo.

A ti ya te he visto esta mañana.

CAROLINA

Con sorna.

Ya, ya...

MANOLO

A Natalia.

Bien, chiquilla, bien. Estás cada día más preciosa.

NATALIA

Buen humor que tú tienes.

MANOLO

Es lo único que me queda. Ya he agotado las esperanzas de poseer nada más mientras no vengan los míos.

CAROLINA

¿Quiénes son los tuyos?

MANOLO

¡Los comunistas! ¡¡Rayos y truenos!!

CAROLINA

¡Jesús, qué fiera!

MANOLO

Empezaremos por cortar las cabezas de todos los aristócratas. Os lo advierto a vosotras, que tan aficionadas sois a la heráldica, por si al fin realizáis vuestro sueño de casaros con algún título. ¡Odio a la aristocracia!

CAROLINA

¿Sí, verdad? ¿Y aquella niña tan finústica, con tantos blasones y poquísima vergüenza, que coqueteaba contigo el año pasado?

MANOLO

¡¡No me hables de ella!!

Sentimental.

¡Ah! Me dejó.

CAROLINA

¿Sí, verdad?

MANOLO

¡Su padre!

NATALIA

Desconcertada.

¿Que te dejó su padre?

MANOLO

Me dejó su padre baldado de un puntapié en salva sea la parte. ¡Qué tío más bruto! Al fin, marqués...

CAROLINA y NATALIA

¡Ja, ja, ja!

MANOLO

Después de aquella cariñosísima entrevista, tenía yo que dormir boca abajo.

NATALIA

Eres grande, Manolo.

MANOLO

Pero no de España. Lo siento por mi prima.

CAROLINA

Sacando la lengua con un mohín de desprecio.

¡Ah...!

MANOLO

Bueno; ¿está visible tu ilustre padre?

CAROLINA

Allá dentro le tienes.

MANOLO

Vengo a presentarle a un cliente formidable; ya no tardará en llegar. ¡Para que digáis luego que no sirvo de nada!

NATALIA

¿Quién es?

MANOLO

¡Hombre, un duque! Mira tú lo que son las cosas: Arturo Heredia.

Carolina y Natalia se emocionan y casi se desvanecen.

CAROLINA

¿Arturo Heredia?

NATALIA

¿El duque del Olmo?

CAROLINA

¿Y dices que va a venir aquí?

NATALIA

¿Pero a esta casa?

CAROLINA

¿Ahora?

NATALIA

¿Tardará mucho?

CAROLINA

¿Es amigo tuyo?

NATALIA

¿Desde cuándo?

CAROLINA

¿Cuándo le has visto?

NATALIA

¿De qué le conoces?

CAROLINA

¿Pero te ha dicho de verdad que viene esta tarde?

MANOLO

Agobiado por las preguntas.

¡Bueno, bueno, bueno! Pero entendámonos. ¿Vosotras le conocéis?

CAROLINA

¿Que si le conocemos?

A Natalia.

Tú; que si le conocemos...

NATALIA

Despectivamente.

¡Ay, qué gracioso! Intimo amigo nuestro, tonto.

MANOLO

Asombrado.

¿Ah, sí?

NATALIA

¡Intimo!

CAROLINA

Y tú, tan comunista, ¿de qué le conoces?

MANOLO

Fuí compañero suyo en la Universidad. Cuando yo dejé la carrera nos seguimos viendo durante algún tiempo. Después Arturo terminó sus estudios, hizo oposiciones a diplomático, las ganó y se fué de España. Yo hacía varios años que no le veía. Después de almorzar nos hemos encontrado en la calle. Es muy simpático, aunque sea duque.

NATALIA

¡Naturalmente! ¿Es que no puede haber duques simpáticos?

CAROLINA

Ahí tienes a Tovar, sin ir más lejos.

MANOLO

El sabía mi parentesco con vosotros, y me rogó que estuviese aquí esta tarde para presentarles.

CAROLINA

¿Para presentarles? ¿A quiénes?

MANOLO

A él y a un tío suyo; el que ha hecho en su vida las veces de padre. Yo no sé si sabréis que Arturo no tiene más que madre.

NATALIA

Indignada.

¡Naturalmente que lo sabemos! ¿Te crees que somos tan pazguatas como tú? ¡Pero qué tonto, qué tonto!

CAROLINA

Hablando al mismo tiempo que Natalia, y tan indignada como ella.

¡Ya lo creo! ¿Pues no lo hemos de saber? ¿Pero tú en qué mundo crees que vivimos?

MANOLO

Nenitas, ignoraba que en el de la alta aristocracia; perdonad.

NATALIA

¿Y con quién dices que va a venir?

MANOLO

Con su tío, el marqués de Oca.

CAROLINA

Con gran suficiencia.

¡Ah, Papín Oca!

NATALIA

Divertidísima.

¿Pero es Papín Oca quien viene con él?

CAROLINA

¿Papín Oca?

MANOLO

Perplejo.

¿Papín Oca?

CAROLINA

Sí hombre, así le llama todo el mundo al marqués.

NATALIA

Papín Oca le llaman algunos. Y otros el tío universal, porque dicen que se las da de pariente cercano de todas las chicas "bien" de Madrid.

CAROLINA

Sí; pero eso es para poderlas dar besos sin que ellas se enfaden.

MANOLO

¿Ah, sí, eh? ¡Caramba con Papín... Oca!

NATALIA

Es de lo más célebre.

CAROLINA

¡De lo más célebre! Y de lo más gracioso con sus distracciones. Y tonto. Salomón no pasó nunca por su calle.

NATALIA

A Manolo.

El es hermano de la madre de Arturo.

MANOLO

¡Ah!

CAROLINA

A Manolo.

Soltero.

MANOLO

Ya.

NATALIA

Senador por derecho propio.

MANOLO

¡Ah!

CAROLINA

Y muy raro.

MANOLO

¿Sí?

NATALIA

Vive en el Ritz, solo como un hongo.

MANOLO

Pero bueno. ¿También le conocéis?

NATALIA

¿A Papín Oca?

CAROLINA

¿A Papín Oca?

MANOLO

¡Sí, hijas, sí! A Papín Oca.

NATALIA

¿Pues no le hemos de conocer?

CAROLINA

¡Claro!

MANOLO

Quiero decir si le conocéis de tratarlo.

CAROLINA

¡Hombre, eso no! ¿Es que no se puede conocer más que a quien se trata?

MANOLO

¡Ah, vamos!

CAROLINA

¿Y tú no tienes idea del asunto que quieren consultar con papá?

MANOLO

Algo me ha dicho Arturo. Se trata de la herencia del duque del Olmo.

CAROLINA

¿Del tío que murió? ¿Pero cómo? ¿No es Arturo el heredero?

MANOLO

¡Qué va a ser, mujer!

CAROLINA

Pues el título ya lo usa.

MANOLO

El título, sí; pero el dinero... Arturo no tiene un cuarto ni quien se lo dé; la fortuna la heredó una parienta lejana de ellos: la condesa de los Castañares.

CAROLINA

¿La condesa de...?

MANOLO

Interrumpiéndola.

¡Ya sé lo que me vas a decir! Intima tuya, ¿no?

CAROLINA

Despectivamente.

No, señor; pero en cambio sé una cosa que tú no sabes. Papá me ha preguntado quién es.

MANOLO

¿Y qué?

CAROLINA

Pues, sin duda, que le ha escrito pidiéndole hora para hablarle.

MANOLO

¡Azúcar, es verdad! Esa se ha olido que los otros pretenden quitarle los millones y quiere ponerse en guardia.

NATALIA

Hablando muy de prisa, maquinalmente casi.

Ella es Anita Heredia, prima tercera de Arturo. Su padre y el de Arturo eran primos segundos. Se casó muy joven con el conde de los Castañares, mucho mayor que ella, y enviudó a los dos años de casada, hace

ahora cuatro. Su madre, la marquesa de...—de no me acuerdo qué—, es una vieja que está medio loca. Tiene un loro que le trajeron del Panamá, y, según dicen, no se separa de él en todo el santísimo día.

CAROLINA

Chifladuras que hay. El príncipe Murati está siempre con una mona.

NATALIA

Eso es menos extraño. Yo sé de muchos casos. El conde de Sorlica, sin ir más lejos. Sino que es una mona de otra clase.

MANOLO

Estupefacto de veras.

¡Hijas, qué bárbaras! Ni el balibalier... ¡Callad, callad, que me mareáis!

Por el foro sale D. Gustavo, hojeando unos folios.

NATALIA

Buenas tardes, don Gustavo.

DON GUSTAVO

Hola, hijita. Buenas tardes. ¿Qué hay, Manolo?

MANOLO

Ya usted ve. Aquí tomando notas para escribir un anuario de la nobleza.

DON GUSTAVO

¿Y tu madre, Natalia, cómo sigue?

NATALIA

Regularcilla nada más.

MANOLO

Aparte a Carolina.

Carolina.

CAROLINA

Aparte a Manolo.

¿Qué quieres?

MANOLO

En serio. ¿Has pensado en eso?

CAROLINA

Lo tengo pensado desde hace mucho tiempo.

MANOLO

Pues de todos modos, quiero volver a hablar contigo.

CAROLINA

Será inútil. Natalia, ven a mi cuarto.

NATALIA

Vamos. Hasta ahora.

DON GUSTAVO

Hasta ahora, nenas.

CAROLINA

A Natalia, al marcharse.

Como comprenderás, ya no salimos.

NATALIA

Naturalmente que lo comprendo, mujer. ¡Pues no faltaba otra cosa!

Vanse las dos por la izquierda. En escena quedan D. Gustavo y Manolo.

MANOLO

¿Tiene usted mucho trabajo?

DON GUSTAVO

Como siempre.

MANOLO

Es que van a venir unos señores a consultarle un asunto. El marqués de Oca y su sobrino, el duque del Olmo.

DON GUSTAVO

Bien.

MANOLO

Otra cosa. Y perdone si soy indiscreto. ¿Le ha escrito a usted la condesa de los Castañares?

DON GUSTAVO

Ha venido a verme cuando yo no estaba. ¿Por qué?

MANOLO

Porque los otros vienen contra ella precisamente. ¡ Bueno, la coincidencia no tendría nada de extraño, siendo usted el primero, el más formidable de los abogados de Madrid!

DON GUSTAVO

Con sorna, echando mano a la cartera.

¿Cuánto, Manolito?

MANOLO

Es usted un hacha, tío Gustavo. ¡ El tío más listo del mundo! Ese bello ademán viene a corroborar mi opinión. Pero para que vea usted que los grandes hombres suelen tener grandes equivocaciones..., guarde usted su cartera.

DON GUSTAVO

Bien. Hasta ahora.

Inicia el mutis por la derecha.

MANOLO

¡ Pero, hombre, eso no! No se marche usted. Le he dicho que guardase su cartera, porque...

Titubea.

DON GUSTAVO

¿Por qué?

MANOLO

Azorado.

Siéntese, haga el favor.

DON GUSTAVO

Gracias, estoy bien en pie. ¿Por qué?

MANOLO

Maquinalmente.

¿Porque está usted bien en pie?

DON GUSTAVO

No.

MANOLO

¡Ah, la cartera! ¿Que por qué...? Sí. Pues por... porque probablemente no tendrá usted encima la cantidad que necesito.

DON GUSTAVO

¿Qué has hecho, Manolo?

MANOLO

Nada.

DON GUSTAVO

¿Conque nada?

MANOLO

Bueno, ¿me deja usted ponerme serio—pero serio de verdad, eh—durante un minuto?

DON GUSTAVO

¡Allá tú!

MANOLO

Perfectamente. Necesito cinco mil pesetas...

DON GUSTAVO

¿Cinco mil...?

MANOLO

Interrumpiéndole.

Déjeme seguir. Cinco mil pesetas que le doy a usted mi palabra de honor, mi palabra de honor, de devolverle.

DON GUSTAVO

Bien. Si me dices para qué las quieres y es razonable, no tengo inconveniente.

MANOLO

No puedo.

DON GUSTAVO

Pues entonces, no.

MANOLO

¡ Qué le vamos a hacer !

DON GUSTAVO

¿ Pero tú crees que yo robo el dinero ? Ya hago por ti lo que puedo y aun más de lo que debo. A tu edad trabajaba yo manualmente, compraba libros con el jornal y estudiaba por las noches. ¡ No, hijo, no ! Me ha costado mucho ganar mi dinero, para que tú te diviertas con él. ¿ Qué concepto tienes de mí ?

MANOLO

¿ Me lo pregunta usted... también en serio ?

DON GUSTAVO

¡ Naturalmente !

MANOLO

Pues le conceptúo a usted un caballero.

DON GUSTAVO

Muchas gracias, hombre.

MANOLO

Además, un individuo con muchísimo dinero...

DON GUSTAVO

Probablemente menos de lo que tú te figuras.

MANOLO

¡ Quia ! Muchísimo más. ¿ Yo qué me voy a figurar, hombre ? Soy incapaz de figurarme más de cincuenta pesetas juntas. Mientras no se me demuestre lo contrario, creo imposible que pueda existir en el mundo una cantidad mayor.

DON GUSTAVO

En efecto. Por lo menos, las cinco mil que pides, hazte cuenta de que no existen.

MANOLO

Bien. Continúo contestando a su pregunta: Un abogado eminentísimo, como ya he dicho antes—no me duelen prendas—; un hombre de un mérito loco y, como suelen ser los que se lo deben todo a sí propios, extremadamente egoísta.

DON GUSTAVO

¡Bien, hombre! Era lo único que me quedaba por oir de ti.

MANOLO

Perdón. He dicho egoísta, no tacaño. Hablo en serio otra vez, palabra, y me refiero al egoísmo de sus ideas y sentimientos. Lo que usted cree y siente se figura que son las únicas verdades del mundo.

DON GUSTAVO

No te metas en filosofías, Manolo. Eso no es egoísmo. ¿Adónde vas a parar?

MANOLO

A eso que decía usted antes de mis... "diversiones". ¿Cómo iba a referirme al dinero, si usted, con una generosidad sin límites, puesto que el parentesco que tiene con nosotros es tan lejano que a nada le obliga, le pasa a mi madre todos los meses una pensión? Con eso tenemos para vivir los dos con algún desahogo, pero nada más. Y los quince o veinte duros que, por entregas, me da usted un mes con otro no creo que sea suficiente para alimentar muchos vicios.

DON GUSTAVO

Trabaja y tendrás más dinero.

MANOLO

Trabaja, trabaja... Ya trabajo.

DON GUSTAVO

En escribir versos que te secan la mollera y novelas que no te editan.

MANOLO

Porque no tengo influencias.

DON GUSTAVO

¡Eres un romántico!

MANOLO

Un incomprendido, eso es lo que soy yo.

DON GUSTAVO

Como quieras. Adiós.

Hace medio mutis por la derecha.

MANOLO

Adiós.

DON GUSTAVO

Volviendo.

En resumen...

MANOLO

¿Qué?

DON GUSTAVO

¿Quieres las cinco mil pesetas?

MANOLO

Vivamente.

¡Hombre, sí, es una idea!

Extiende la mano en espera de los billetes.

DON GUSTAVO

¿Para qué?

MANOLO

No puedo, tío.

DON GUSTAVO

Pues adiós.

Vase por la derecha.

MANOLO

Adiós.

Pausa.

¡Bueno está! No, lo que iba a pasar ya lo sabía yo. La bronca era inevitable. "Unos crían la fama y otros cardan la lana."

Sale el criado por el foro.

CRIADO

Anunciando.

El señor duque del Olmo.

MANOLO

¡Hombre!

Sale Arturo y se retira el criado.

ARTURO

¿Qué hay, Sambenítez?

MANOLO

¿Y tu tío?

ARTURO

Lo he citado aquí; ahora vendrá. He querido venir antes solo para...

MANOLO

¡No sigas! En hueso, chico.

ARTURO

Con gran disgusto.

¿Ah, sí?

MANOLO

Como lo oyes. ¡Bueno, eso ya me lo figuraba yo! La cantidad que necesitas es demasiado crecida. ¡Cinco mil pesetas! ¡Ahí es nada!

ARTURO

Paciencia.

Se sientan.

MANOLO

¿Pero tan mal estás, Heredia?

ARTURO

En las últimas, muchacho. Ya he agotado los sablazos a todos los parientes ricos. Imposible pedirles más dinero. No sé cómo me las voy a arreglar.

MANOLO

Ganando el pleito.

ARTURO

¡ Ojalá !

MANOLO

A propósito, ¿a que no sabes quien ha estado aquí?

ARTURO

¡ La Castañares !

MANOLO

La misma.

ARTURO

¿Pero ha hablado con tu tío?

MANOLO

No; tranquilízate. Mi tío no estaba en casa.

ARTURO

¡ Ah ! Respiro...

MANOLO

¿Tú no la has vuelto a ver desde que regresaste del Japón?

ARTURO

He tenido esa suerte. Tú no sabes las cosas que ha hecho esa mujer. Una entrevista con ella hubiera sido violentísima.

MANOLO

¡ Claro ! Y que después de todo, entre parientes...

ARTURO

Es que... No te lo he dicho todo... Me confío al caballero, ¿eh? Entre Anita y yo existía una relación más íntima que la del lejano parentesco.

MANOLO

Muy divertido.

¿Ah, sí? ¡Hombre, qué célebre! Pero eso podría conciliarlo todo, ¿no? Si os disputáis una fortuna; pues ella y tú... ¿No es viuda?

ARTURO

Sí.

MANOLO

Pues la bendición del cura y a otra cosa, tonto.

ARTURO

Eso, de ninguna manera. ¡Pues buena se pondría mi madre...! Porque te prevengo, y sigo confiándome al caballero, que nadie que se precie de tal puede darle su nombre a la Condesa.

MANOLO

¿Ah, no?

ARTURO

Y aunque no existiera ese motivo... Yo no me vendo, ¿sabes? Aspiro a la fortuna de mi tío Joaquín, porque de derecho me pertenece. Pero la quiero para mí solito.

MANOLO

No y en eso haces bien.

ARTURO

Dejemos esto. He tenido una verdadera alegría al encontrarte, chiquillo. Y te estoy muy agradecido. Sinceramente. Aunque lo de las cinco mil no haya dado resultado.

MANOLO

Ya sabes que por mí...

ARTURO

Ya lo sé, tonto. Hace tiempo sabía yo que eras una buena persona. Ahora veo que, además, eres un verda-

dero amigo. Mi mayor deseo será ayudarte en lo que pueda. No siendo dinero... Cuéntame cosas tuyas. ¿Tienes novia?

MANOLO

Verás, tengo novia, pero estoy enamorado de otra, ¿sabes?

ARTURO

¡Pero hombre! ¿Y tu novia?

MANOLO

Preciosa, chico.

ARTURO

¿Ah, sí?

MANOLO

Bueno, novia... Como tú lo eras de la condesa, ¿comprendes?

ARTURO

¡Ja, ja!

MANOLO

Pero la voy a dejar, ¿sabes? Me cuesta un sentido, y yo tengo menos dinero que tú, palabra.

ARTURO

Dificilillo es eso.

MANOLO

Pues menos, palabra. Ella vive con su madre. ¡Hombre, a propósito! Ayúdame a buscarle una colocación a la madre, que me trae frito. No espero más que a dársela para escurrirme.

ARTURO

¡Caramba, eso sí que es difícil! Una mujer de tales antecedentes... ¿En qué se piensa para ella? Porque yo no sé sus pretensiones, ¡pero, vamos!, me figuro que una portería no le convendrá.

MANOLO

Casi indignado.

¡Hombre, no, por Dios! ¡Una portería, de ningún modo! No, porque...—al caballero, como tú a mí antes—portera ya lo es ahora, ¿sabes?

ARTURO

¡Ja, ja, ja!

MANOLO

No te rías. Debilidades que tiene uno, chico.

ARTURO

¡Pues no la dejes, hombre!

MANOLO

Sí, sí; no tengo más remedio. Ya te he dicho que ahora estoy enamorado en serio. De mi prima Carolina. Preciosa, chico. ¡Monísima! ¡¡Estupenda!! Una crisálida que se convierte en mariposa, y perdona la cursilería. ¡Pero ahora que me acuerdo! Si tú la conoces...

ARTURO

¿Yo? ¿Estás seguro?

MANOLO

Eso dice ella, que os presentaron en el Golf.

ARTURO

¡Ah, entonces seguramente! No relacionaré... ¿Hija de Sambenítez?

MANOLO

Su única hija, sí. Hace un rato andaba por aquí con una amiga suya.

ARTURO

Dicen que tu tío ha hecho una gran fortuna.

MANOLO

Gana mucho, y como siempre ha vivido con bastante modestia... Ese es el gran inconveniente que tiene para

mí Carolina. Yo no soy nadie: un perdis, un sinvergüenza que ando a salto de mata desde que tengo uso de razón... ¡En cambio ella! Ella se lo merece todo por bonita, por buena. Un poco alocadilla está todavía, porque es muy joven, ¿sabes?, y sueña con un príncipe encantado. ¡Pero, chico, qué chica! Por lograr su cariño soy capaz hasta, hasta de trabajar. No quiero que nadie pueda creer que voy por su dinero. A propósito, y volviendo a tu ofrecimiento: ¿has pensado en lo que te dije esta mañana de una colocación para mí?

ARTURO

Vamos a ver: ¿qué te parecería la secretaría particular de Papín Oca? Mi tío, ya sabes. Así le llama todo el mundo.

MANOLO

¡Sí, hombre! Papín Oca, ¡ya lo creo! Duerme con la mona, enviudó a los cuatro años y se casó en Panamá con su viuda... ¡Digo, no!

ARTURO

¿Pero qué hablas?

MANOLO

No sé.

ARTURO

Si mi tío es soltero.

MANOLO

¡Soltero, claro, ahora me acuerdo! Soltero, senador por derecho propio, muy distraído, vive en el Ritz solo como un hongo... ¿Es eso?

ARTURO

Sí.

MANOLO

¿Lo ves...? ¡Papín Oca, ya lo creo, hombre! ¡Ahí es nada! No conozco otra cosa. Pues chico, lo de su secretaría me parece algo verdaderamente estupendo. ¿Tú crees que será fácil?

ARTURO

Seguro. Ahora no tiene secretario, y además el pobre señor no ve más que por mis ojos. Yo le quiero sinceramente. Ha sido mi tutor y soy su único heredero—con éste no habrá chascos—, pero desgraciadamente tampoco podrá dejarme mucho.

MANOLO

¿Tiene poco dinero?

ARTURO

¡Hombre, poco...! Para nuestra posición, casi nada. Yo le traigo frito, y no quiero abusar de él. Es muy simpático, ya verás.

MANOLO

¡Ay, Heredia! Si tú le hablaras...

ARTURO

Ya le he hablado. Todo se arreglará, no te preocupes.

MANOLO

Le estrecha la mano efusivamente.

Te lo agradezco con toda mi alma. Pero de verdad, de verdad, ¿eh?

ARTURO

No vale la pena. Encantado yo de poder servirte.

MANOLO

Voy a decirle a mi tío que estás aquí.

ARTURO

Mirando su reloj.

Papín ya no puede tardar. Le cité a las seis.

Vase Manolo por la derecha. Arturo pasea un momento por la estancia. Después se acerca a una mesita supletoria y hojea un libro que habrá sobre ella. Por el foro sale el criado, acompañando a la condesa de los Castañares. Anita es una mujer de treinta años, guapa, esbelta, elegantísima. Viste de negro, pero sin ningún detalle de luto riguroso.

CRIADO

Pase la señora. ¿A quién anuncio?

ANITA

La condesa de los Castañares.

ARTURO

Suelta el libro y se vuelve rápido, como si le hubieran pinchado.

¡Eh!

ANITA

¡Arturo!

El criado hace mutis.

Por lo visto llego tarde.

ARTURO

¿Sabías que yo vendría aquí?

ANITA

Sabía que después del tiempo transcurrido ibas a cometer la ridiculez de consultar a un abogado, pero no a cuál. Y deseaba prevenirme.

ARTURO

Ya...

ANITA

¿Ya, qué?

ARTURO

Queriendo cortar la conversación.

Ya, nada más, mujer; que quedo enterado. Nada más.

ANITA

Nunca creí que te portarías así conmigo.

ARTURO

¿Pues qué pensabas? ¿Que te compraría dulces, después de la faenita que me has hecho?

ANITA

Nada tiene que ver la última voluntad del tío Joaquín, que testó a su gusto en uso de un perfectísimo derecho, para que tú, después de aquellas cartas volcánicas diciéndome que yo era para ti la única mujer del mundo, andes ahora huyéndome desde que llegaste a Madrid.

ARTURO

Eso no es verdad. No te he buscado, pero no te huyo. La prueba es que sigo aquí escuchándote en este momento.

ANITA

¡A la fuerza ahorcan, hijo mío! Me estás escuchando y me vas a oir. ¡Te juro que me vas a oir!

ARTURO

Resignado.

¡Bueno está!

ANITA

Lo que has hecho conmigo no tiene nombre. ¡Lo que has hecho conmigo es una canallada!

ARTURO

¡Anita!

Sale Manolo por la derecha.

MANOLO

¡Azúcar!

Vuelve a hacer mutis.

ARTURO

¡Eres de un cinismo que asombra! Es decir, que te aprovechas de mi ausencia, que faltas a los más sagrados deberes de conciencia impidiendo que se cumpla la última voluntad de un moribundo. Y eres tú, ¡tú!, quien me viene a reprochar después de haberme despojado de mi fortuna.

ANITA

¡Mientes!

ARTURO

Tienes razón; perdona la mentira. Miento al hablar de despojo. No he empleado la verdadera palabra por respeto a lo que fué.

ANITA

¡Por respeto a lo que fué! Si tú no tienes corazón, si para ti en el mundo no vale más que el dinero. ¡Dinero, dinero; que eres un egoísta, incapaz de un sentimiento noble ni de inspirarte en más móviles que los de tu conveniencia! ¡Cómo me engañaste!

ARTURO

Si eso fuera verdad, bien te has vengado.

ANITA

Y si fuera verdad lo que tú dices, ¡qué poco proporcionados estarían los daños que mutuamente nos hemos hecho! Tú te has quedado sin la fortuna, pero ¿y yo? Me engañaste, me sedujiste, has deshecho mi reputación de mujer honrada, que valía más que todos los millones del mundo...

ARTURO

¡Bueno! ¡No quiero contestarte!

ANITA

Y me has dejado después como se deja a una cualquiera, a quien se conoce en una noche de bureo.

ARTURO

Aquello pasó, como pasa todo en el mundo.

ANITA

Pasó cuando te enteraste de la muerte del tío, cuando supiste que era yo su única heredera. Mira cuanto le querrías, que ni siquiera le has llevado un año de luto.

ARTURO

Irónico.

Tú, en cambio, le querías mucho, ¿verdad?

ANITA

Por lo menos estaba con él a la hora de su muerte.

ARTURO

Para impedir se cumpliese su voluntad, que era la de revocar el testamento hecho a tu favor.

ANITA

¡Ve lo que dices!

ARTURO

No estarás muy segura de tu derecho, cuando vienes a consultar con un abogado.

ANITA

Venía a prevenirme contra tus maquinaciones, ya te lo he dicho. Y será inútil cuanto intentes. ¡La fortuna es mía! ¡Mía!

ARTURO

¡Ya lo veremos!

ANITA

¡Por visto!

Se oye la voz de Papín Oca.

PAPIN OCA

Dentro, como hablando con alguien.

¿Dice usted que está aquí el señor duque?

Sale por el foro. Después de lo que se ha dicho, es inútil describir a este personaje. Sólo añadiremos que un defecto de pronunciación adquirido en el extranjero le impide pronunciar las eres suaves. En cambio, acentúa mucho las erres.

Arturrito, hijo.

ANITA

Con burla, fingiendo gran sorpresa.

¡Papín Oca! ¿Tú aquí?

PAPIN OCA
Aparte, apuradísimo.

¡Jesús, Anita! ¡Qué contrarriedad!

ANITA

¿Pero no me dijiste el otro día que tú no te metías en nada, que Arturo estaba loco...? ¿Te acuerdas, rico?

PAPIN OCA
Aparte, azoradísimo.

¡Huy, rico! ¡Me llama rico!

ANITA

¡Claro! Como eres tan distraído, ya no te acuerdas, ¿verdad?

PAPIN OCA

Mujer, Anita, verrás. Yo...

ANITA

¡Tú eres un farsante!

PAPIN OCA

¡Anita, hija...!

ANITA

¡Ni más ni menos! ¡Un hipócrita y un farsante, que te has puesto de acuerdo con éste para robarme!

ARTURO

¡Anita!

ANITA

¡Para robarme, sí señor, para robarme!

PAPIN OCA
Aparte.

Verdulerra..., verdulerra..., como su madre..., verdulerra.

ANITA

¡Pero no será; no, señor, no será!

ARTURO

Con gran energía.

¡Mira, Anita, esto no puede seguir! ¡Este asunto se ventilará en otra parte!

ANITA

En los Tribunales, ¿verdad? ¿Pero tú crees que habrá algún abogado capaz de hacerte caso? ¡No seas majadero!

Salen por la derecha D. Gustavo y Manolo.

DON GUSTAVO

Señores...

Nadie se da cuenta de su presencia.

ARTURO

¡Anita, no sigas! ¡Esto no puede continuar!

PAPIN OCA

Perro, mujer, considerra...

ANITA

¡Déjame en paz!

PAPIN OCA

¡Perro Anita...!

ANITA

¡Idiota!

ARTURO

¡Respeta a Papín!

ANITA

¡No me da la gana! ¿Qué pasa?

PAPIN OCA

Aparte.

Verdulerra..., verdulerra...

DON GUSTAVO

Pero, señores... ¡Señores!

ARTURO

Usted perdone, caballero... No sé cómo excusarme... Yo no soy culpable...

ANITA

¡Buenas tardes!

DON GUSTAVO

Buenas tardes, señora.

ANITA

Supongo que sabrá usted quien soy...

DON GUSTAVO

Me lo figuro.

ANITA

Usted, el señor Sambenítez, ¿verdad?

DON GUSTAVO

Servidor de usted.

ANITA

Pues usted dirá si se marcha esta gente o me voy yo.

MANOLO

¡Azúcar!

ANITA

Con azúcar está peor.

Pausa embarazosa.

DON GUSTAVO

Señores, yo estoy verdaderamente perplejo... Es la primera vez que me ocurre en mi vida profesional... No sé...

ARTURO

Yo he llegado primero.

ANITA

Pero yo vine hace dos horas, cuando no estaba este señor.

ARTURO

Yo anuncié mi visita esta mañana.

ANITA

Sentándose.

¡Pues no me marcho!

ARTURO

¡Bueno está!

PAPIN OCA

¡Es una fierra!

ARTURO

Decidido a marcharse.

¡Adiós entonces! ¡Que te alivies!

DON GUSTAVO

Señor mío, yo lamento...

ANITA

Levantándose de un salto.

¡Sí, me marcho!

ARTURO

Saltando.

¡No será verdad!

ANITA

Después de todo, no faltarán abogados en Madrid si alguno se atreve a ponerme pleito. Pero no me iré sin advertirle a usted, caballero, que la fortuna del duque del Olmo es mía, que me pertenece por testamento legal y que ni el *Pernales,* si resucitara, lograría quitármela. ¡Buenas tardes!

Vase por el foro como un basilisco.

DON GUSTAVO

Señora, a los pies de usted.

La acompaña y vuelve.

PAPIN OCA

A Arturo.

Oye, tú. ¿Quién erra el *Pernales,* que no me acuerdo?

ARTURO

Con mal humor.

¡Yo qué sé, hombre!

MANOLO

Bueno, digo yo que ya no harán falta presentaciones, ¿verdad?

ARTURO

De todos modos, si me permites...

Presentando.

Mi amigo Manolo Sambenítez. El marqués de Oca, mi tío.

MANOLO

Saludando.

Ya, ya.

Presentando.

Mi tío don Gustavo Sambenítez. El marqués de Oca. El duque del Olmo.

DON GUSTAVO

Encantado. Y ya más sereno el ambiente, tengan la bondad de sentarse.

PAPIN OCA

Gracias.

Se sientan.

MANOLO

Bueno, señores, yo me marcho.

ARTURO

Quédate, Manolo, te lo suplico. No se trata de ningún secreto. Y además, aunque lo fuera.

DON GUSTAVO

Pues ustedes dirán.

ARTURO

Habla, Papín.

PAPIN OCA

Tú, hijo, tú. A mí a lo mejor se me olvidan las cosas.

ARTURO

Como quieras. Se trata, señor Sambenítez, de la herencia del duque del Olmo, mi difunto tío, primo carnal de mi padre, que falleció pronto hará un año en la finca llamada El Cigarral, entre Avila y Segovia. Mi tío era soltero, vivía en El Cigarral sólo con sus criados y llevaba muchos años sin apenas salir de la finca.

DON GUSTAVO

¿Usted era su pariente más cercano?

ARTURO

Sí, señor. Por eso me correspondió el título. He tardado tanto tiempo en venir a consultar a usted porque al ocurrir el fallecimiento estaba yo muy lejos de España: en el Japón.

DON GUSTAVO

Pero aquí había personas que hubieran podido representarle.

ARTURO

Todos ignoraban ciertos pormenores interesantísimos de la muerte del duque. Yo mismo había perdido toda clase de esperanzas. Pero el otro día, cazando con unos amigos en la provincia de Segovia, se me acercó un guarda que lo había sido de mi tío. Yo no le conocía, pero él me recordaba de la única vez que en estos últimos años he ido al Cigarral. Como es natural, empecé a hacerle preguntas. Y me contó algunos detalles.

PAPIN OCA

Horrorres, señor Sambenítez, ¡horrorres!

DON GUSTAVO

¿Usted en qué relaciones estaba con el duque?

ARTURO

Apenas nos tratábamos desde mucho tiempo antes de morir mi padre. Nunca se llevaron muy bien. Mi tío era carlista—estuvo en la guerra del 72—, y mi padre, un liberal furibundo. Cuando me destinaron a Tokío me escribió una carta de mera cortesía felicitándome, y a mí me pareció correcto ir a despedirme de él.

DON GUSTAVO

¿Cuánto tiempo hace de eso?

ARTURO

Año y medio justo; siete meses antes de su muerte. Llegué al Cigarral a última hora de la tarde. El me recibió cortésmente, pero con frialdad. Cenamos juntos, y se retiró en seguida a sus habitaciones...

Pausa.

No quiero engañarle a usted, señor Sambenítez. Mi intención al detenerme en El Cigarral, ya comprenderá usted cuál sería. Pero me acosté muy desengañado.

DON GUSTAVO

¿Y al día siguiente?

ARTURO

A la mañana siguiente me sorprendió mi tío entrando personalmente a despertarme. Dijo que había dormido mal, que mi viaje le hacía recordar cosas pasadas; la brillante historia de nuestra familia, de la cual era yo el último vástago. Después de algunos rodeos expresó el verdadero motivo de su visita. Había entrado a despertarme tan de mañana para hacerme un regalo.

PAPIN OCA

Erra rarro, ¡rarro!

ARTURO

Esta sortija, mírela.

Se la quita y se la entrega.

Lleva grabadas las armas de la casa y la corona ducal en esa esmeralda, de un precio incalculable.

DON GUSTAVO

Después de examinarla.

¡ Magnífica !

Se la devuelve a Arturo.

ARTURO

Esta sortija se la regaló el Rey Felipe III al segundo duque del Olmo, como recuerdo de una batalla. Mi tío me justificó el presente alegando que sería yo el futuro duque. El resto de la mañana estuvo cariñosísimo conmigo y me enseñó muchos papeles antiguos: pergaminos, reliquias, amuletos; trozos de historia que se conservan en las grandes casas. Yo estaba sinceramente interesado escuchando su conversación. Entre los dos se estableció una gran corriente inesperada de simpatía. Después de almorzar se encerró en su cuarto muy preocupado. Dos horas más tarde me llamó, hizo que le jurara solemnemente que no haría jamás nada en contra de los principios tradicionales que habían sido norma de su vida, y cuando yo, fácilmente, lo hube jurado, me prometió revocar su primer testamento haciendo otro a mi favor. Figúrese mi sorpresa, meses después, al enterarme en Tokío, al mismo tiempo que de su muerte, de que toda su inmensa fortuna pasaba a manos de la Castañares.

PAPIN OCA

Sin poderse contener.

¡ Verdulerra !

DON GUSTAVO

¿ Usted no sospechaba que la condesa fuese la heredera?

ARTURO

No. Anita tenía con él más intimidad que nosotros; su padre fué carlista también, pero nunca pensé que el duque había testado a su favor. Nosotros creíamos que la fortuna sería para cierta fundación benéfica, a la que ayudaba bastante.

DON GUSTAVO

Y la condesa ¿conocía la existencia de ese testamento a su favor?

ARTURO

Me figuro que sí. Pero ya se cuidó bien de ocultármelo.

DON GUSTAVO

¿Usted tenía intimidad con ella?

Pausa. A Manolo le da súbitamente un fuerte ataque de tos.

ARTURO

Azorado.

Alguna, sí.

PAPIN OCA

A Manolo.

¿Quierre usted una pastilla de goma?

MANOLO

Tomándola.

Muchas gracias.

DON GUSTAVO

¿Y cuáles son esos pormenores interesantes de la muerte de su tío que le contó a usted el guarda?

ARTURO

Ahora verá usted. Mi tío, que desde hacía tiempo estaba delicado de salud, murió de una pulmonía en pocos días. El 28 de Junio llegó la condesa a la finca en su automóvil. El médico del pueblo cercano, que le vi-

sitaba, expuso sus temores, y entonces la Castañares telegrafió a Madrid para que fuera el doctor Bustamante, quien llegó al día siguiente. Ese mismo día, el 29, pidió el duque fuesen al pueblo a buscar al cura y a Segovia por el notario. Anita dijo que el cura era lo primero, y envió a buscarle su propio automóvil.

PAPIN OCA

¿Qué le parrece?

DON GUSTAVO

Hasta ahora no hay bases para entablar un pleito.

ARTURO

Ayer hablé con el cura. Mi tío fué sacramentado al anochecer del 29, y aquella noche, muy grave ya, volvió a pedir que llamasen al notario con mucho apremio. La condesa, que no se separaba de él ni un solo momento, dijo que en cuanto fuese de día mandaría a Segovia su automóvil.

DON GUSTAVO

¿El duque no tenía automóvil?

ARTURO

Sí, señor.

DON GUSTAVO

¿Entonces...?

ARTURO

No he preguntado dónde estaba el *auto* de mi tío.

PAPIN OCA

Muy contento.

¡Un dato, un dato! ¡Qué bien hemos hecho en venir aquí! ¡Ya va atando cabos!

A Manolo.

¿Qué le parrece?

DON GUSTAVO

A Arturo.

Siga usted.

ARTURO

A las nueve de la mañana, y vencida por los apremios del cura y de los médicos, que a duras penas lograron imponerse, accedió Anita a que saliera inmediatamente su automóvil; el suyo; por lo visto el de mi tío no estaba en la finca. Pero ya comprenderá usted... El automóvil de la condesa, que había servido normalmente el día anterior, "se descompuso de repente".

PAPIN OCA

Qué casualidad más perregrina, ¿verdad?

ARTURO

A toda prisa se envió entonces el coche de la finca, una jardinera con dos caballos, que regresó con el notario a las tres de la tarde.

MANOLO

Cuando tu tío había muerto, ¿no?

ARTURO

Estaba agonizando. No hubo medio de conseguir que hablara. Bustamante y el notario le incitaban a hacerlo. El cura llegó a decirle: "Señor duque: desea usted revocar su primer testamento, ¿no es eso? Su intención es dejárselo todo a su sobrino Arturo Heredia, ¿verdad?"

Pausa.

A las cinco de la tarde fallecía el duque del Olmo, sin haber podido revocar su testamento.

Pausa. Arturo, Manolo y Papín esperan con ansiedad la opinión de D. Gustavo.

DON GUSTAVO

Muy interesante, sí; pero...

PAPIN OCA

¿Perro qué...?

DON GUSTAVO

Ha tenido usted mala suerte, duque. Yo no veo fundamento legal en que basar su derecho.

PAPIN OCA

Este tiene testigos a su favor. El curra afirma su creencia de que la voluntad del duque erra dejarle la fortuna.

ARTURO

El derecho testamentario se basa en la voluntad del testador. Y la voluntad de mi tío era clara.

DON GUSTAVO

Contra esa voluntad nos encontramos la existencia de un testamento legal, que no ha sido revocado.

PAPIN OCA

Perro usted tiene un gran prestigio, y con los datos que le hemos dado puede hacer averriguaciones que esclarrezcan el asunto. Entérrese por qué no estaba de servicio el *auto* del duque. Vea usted al chófer de Anita, que rompió su coche. Hable con otra gente, a ver si encuentra algo...

DON GUSTAVO

Usted perdone, marqués. La profesión de policía es muy honrosa, pero yo soy abogado.

MANOLO

(¡ Atiza !)

ARTURO

¿ Entonces usted cree que es asunto perdido ?

DON GUSTAVO

No he dicho tanto. Difícil sí me parece. Déjeme usted que lo piense y lo estudie. ¿ A cuánto asciende la fortuna ?

ARTURO

Yo calculo que a unos veinte millones de pesetas.

DON GUSTAVO

¡Caramba!

MANOLO

¡Bonito, bonito!

ARTURO

Sólo El Cigarral está valuado en seis.

Con delicadeza.

Y excuso decirle que si usted ganara el pleito... Ya sé que es usted muy rico, pero...

DON GUSTAVO

¡Hombre, por Dios! Ni hablar de eso ahora.

PAPIN OCA

Vale la pena de hacerse policía, ¿no?

DON GUSTAVO

¡Ja, ja! Es posible, marqués.

ARTURO

Levantándose.

Pues no le molestamos más.

Se levantan todos.

DON GUSTAVO

A Arturo.

Tendré el gusto de ir a saludarles. Tiene usted que contarme aún muchos detalles sueltos que, seguramente, ha omitido en su relato. ¿Usted conoce a los criados de su tío?

ARTURO

No, señor. Ya le digo que sólo estuve en El Cigarral una vez en estos últimos años.

PAPIN OCA

Este no sabe más que lo que ha dicho.

ARTURO

Pero me marcho esperanzado, señor Sambenítez.

DON GUSTAVO

Hace usted mal.

ARTURO

Permítame que le compare con esos médicos que encuentran graves a todos los enfermos, para presumir luego de haberlos curado.

DON GUSTAVO

Como usted quiera.

ARTURO

Bueno, Papín—un momento—, aquí tienes a Manolo. Me has prometido ayudarle.

PAPIN OCA

¿Yo he prometido...?

Recordando de pronto.

¡Ah, sí, hombre! Lo que él quierra.

MANOLO

Muchas gracias, marqués.

PAPIN OCA

Pásese esta noche por el Ritz, ¿quierre?

MANOLO

Con mucho gusto.

PAPIN OCA

Pues hasta la vista, señor Sambenítez...

DON GUSTAVO

Les acompaño.

ARTURO

No se moleste.

DON GUSTAVO

¡No faltaba más!

Manolo levanta la cortina del foro, por donde salen Papín Oca, Arturo y D. Gustavo. Manolo se va el último. En cuanto los cuatro acaban de hacer mutis, se abre con violencia la puerta lateral izquierda, por donde salen precipitadamente Carolina y Natalia. Cruzan la escena de puntillas y se acercan a la cortina del foro para escuchar; mejor dicho, para seguir escuchando.

CAROLINA

Ya se marchan... Se están despidiendo.

NATALIA

¡Chica, qué película!

CAROLINA

¡Como de Pathé Fréres; déjame ver!

NATALIA

¡Estate quieta, que nos van a oir!

CAROLINA

Apartándose un momento.

¿Pero has visto qué mujer?

NATALIA

¡Una hiena, hija, una hiena! ¡Verdulerra, como dice Papín Oca!

Cuando van a mirar otra vez se abre de pronto la cortina y aparecen Arturo y Manolo. Las chicas se llevan un susto indescriptible.

CAROLINA

¡¡Ay!!

NATALIA

¡¡Ay!!

ARTURO Y MANOLO

Asustándose del susto de ellas.

¡¡Ay!!

MANOLO

¡Pero hijas, por Dios!

CAROLINA

¡Ay...! ¡Je, je! Es que... aquí estábamos...

NATALIA

Aquí..., claro..., porque...

MANOLO

Aquí tienes a las chicas, Arturo.

ARTURO

¿Las... las chicas?

MANOLO

¡Sí, hombre! Carolina y Natalia. ¿Pero no las cono...?

Carolina le da un pellizco.

¡Ay!

ARTURO

Que no se acuerda.

Sí, sí... Ahora recuerdo... Perdón.

Por Natalia.

¿Esta es tu prima, Manolo?

MANOLO

La otra.

ARTURO

¡Ah, la otra! Pues también es muy bonita la otra, ¡preciosa!

CAROLINA

Deslumbrada.

¿Ay, usted cree...? ¿Sí? No crea usted... ¡Por Dios...!

Casi emocionada.

¡Ay, qué cosa!

ARTURO

No comprendo, y es imperdonable que no la recordara. Te felicito, chico. Tienes una prima estupenda.

CAROLINA

¡Pues mire usted que usted!

Arrepintiéndose, azoradísima.

¡Ay!

ARTURO

¡Ja, ja! ¡Qué graciosa!

MANOLO

Cogiendo unos guantes que Arturo se dejó sobre la mesa; para eso entraron.

Bueno, toma tus guantes, aquí están.

ARTURO

Pues mucho gusto, señoritas.

Saludando a Natalia.

Adiós.

NATALIA

Adiós.

ARTURO

¡Encantado, Carolina! He de verme con su padre frecuentemente, y espero tener el gusto de volver a saludarla pronto. Buenas tardes.

CAROLINA

Adiós.

No se sueltan las manos, que se dieron para despedirse. Manolo, impaciente, tira de la americana a su amigo.

ARTURO

¡Ya voy, hombre!

A Manolo al salir.

¡Me gusta mucho, tú!

MANOLO

¡Sí, hombre, y a mí! Anda, vámonos.

Hacen mutis. Natalia vuelve a acercarse a la cortina. Carolina, ensimismada, se ha dejado caer en una butaca del primer término.

NATALIA

Ahora sí que se marchan... Ya están en la escalera... Ya han cerrado la puerta...

CAROLINA

¡Me ha flechao!

Vuelve Manolo.

NATALIA

¡Manolo! Oye, ¿tú crees que Arturo ganará el pleito?

MANOLO

¿A quién?

NATALIA

¿A quién ha de ser, tonto? A la condesa.

MANOLO

Con tristeza, con pena profunda.

A la condesa, no sé. Pero lo que es a mí...

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

SEGUNDO ACTO

La "serre" baja, contigua al *hall*, en el hotel Ritz, de Madrid, vista de frente (1).

En el centro del foro hay un hueco de dos metros y medio de ancho. Su interior está adornado con plantas, y en el centro existe una hornacina. En medio del hueco destaca una estatua de mármol de Diana Cazadora. Su tamaño es natural y está sobre un pedestal de 50 centímetros de alto. El hueco está separado por dos escalones del resto de la escena.

Entre los dos laterales y el hueco, la pared forma dos curvos chaflanes. Dos puertas, relativamente pequeñas, pero de doble hoja, se abren en cada uno de estos chaflanes. Son de madera blanca, y cada una de las cuatro hojas tiene 10 cuadrados de cristal enmarcado en listones blancos.

Hay otras dos puertas, mucho mayores, con montante de arco de media punta, del mismo estilo que las anteriores, una en cada lateral.

Entre la embocadura de la escena y las dos puertas de los laterales, un enrejado de madera verde, por donde entrecruzan guirnaldas de hiedra.

Adosados a las paredes hay una docena de butacones de mimbre verde y dos sofás del mismo estilo. El resto del mobiliario lo componen únicamente cuatro veladorcitos blancos.

Es por la tarde, y a la mitad del acto empieza a anochecer.

---

(1) N. del A.—La exacta reproducción del hotel Ritz, de Madrid, en el decorado con que se estrenó esta obra, proporcionó un éxito a la Empresa del teatro Infanta Isabel y al ilustre escenógrafo Sr. Martínez Garí, y contribuyó, desde luego, al de este acto. Sin embargo, las compañías que tengan dificultad para ello pueden emplear otro decorado más sencillo, puesto que en el diálogo no se habla de que la acción se verifique en el Ritz. Para el juego de la escena bastará que se conserven las dos puertas laterales y la del chaflán del foro derecha.

Al levantarse el telón se oye, lejana, hacia la izquierda, música de una orquesta que toca un "fox-trot". Están en escena Papín Oca, sentado ante un velador, en primer término derecha, a solas con una taza de chocolate y una pirámide de dorados bizcochos.

Frente a él, en primer término izquierda, una inglesa muy bella y elegante lee distraídamente una revista extranjera. Está sin sombrero, fumando y sobre su falda tiene un perrito "lulú".

Ante otra mesa, a la derecha del foro, una señora muy elegante, acompañada de su hija y del novio de ésta, toma te.

Un camarero, de frac negro con botones dorados, va y viene por la escena cuando el diálogo o las acotaciones lo indiquen. Al levantarse el telón no está en escena.

Antes de empezar el diálogo salen por la puerta primera derecha tres muchachas, que se van por la primera izquierda. Cuando han desaparecido, sale por esta puerta un joven.

JOVEN

Buenas tardes, marqués.

PAPIN OCA

¡Hola! Esto... ¿Qué le iba yo a decir...? ¡Ah, sí!

Cambiando bruscamente de tono.

¿Mucha gente bailando en el salón?

JOVEN

Poca, marqués. Como hoy es día de carreras.

PAPIN OCA

Distraído, como siempre.

Clarro, sí; es verdad. Yo no he ido al Hipódromo porque hace un viento horrorroso. ¡Horrorroso, amigo Pini, horrorroso! ¡No parrece día de Junio!

JOVEN

Verdad, marqués.

Se retira.

PAPIN OCA

¡Ah, oiga usted!

JOVEN

Volviendo.

Usted dirá, marqués.

PAPIN OCA

Esto... ¿Parra que lo he llamado yo, hombre? ¿Usted lo sabe?

JOVEN

Con su sonrisa más acentuada.

Yo no, marqués.

PAPIN OCA

¡Ah, sí, ya sé! ¿Ha visto usted por ahí a mi secretarrio?

JOVEN

¿A Manolo Sambenítez? No lo he visto, marqués.

PAPIN OCA

Nada más, gracias.

Se marcha el joven por el chaflán del foro derecha. Cruzan la escena, saliendo por la derecha y haciendo mutis por la izquierda, Carolina y Natalia, seguidas de su señora de compañía.

LA INGLESA

A su perro, que se le quiere escapar.

¡By cüaet, Alex!

Se pronuncia como está escrito.
Llega Juanito por la primera izquierda. Es un muchacho elegante y un poco alocado. Se acerca a Papín Oca y le pone una mano en el hombro, familiarmente.

JUANITO

¿Qué hay, Papín Oca?

PAPIN OCA

A quien no hace gracia oirse llamar así por tal sujeto.

Nada. Buenas tardes.

JUANITO

Buenas tardes. Estaba ahí, en el salón de baile.

PAPIN OCA

Bien.

JUANITO

Venía buscando a Pancracio Arteta. ¿Usted no lo ha visto?

PAPIN OCA

No.

JUANITO

Quizá esté en el *bar*. Puede haber entrado por la otra puerta.

PAPIN OCA

¡Clarro!

JUANITO

¡Hasta luego, Papín Oca!

PAPIN OCA

Adiós.

Vase Juanito por el foro derecha. Al hacer mutis se cruza con Manolo, que sale a escena.

MANOLO

¡Hola!

JUANITO

¡Hola!

Mutis.
Deja de oirse la música.

PAPIN OCA

¡Me revienta ese *parvenú!* Hasta los gatos quierren zapatos.

A Manolo, que se le acerca.

Oye, tú, Manolo, ¿quién es ese *parvenú?*

Manolo se ha elegantizado notablemente desde el acto anterior.

MANOLO

¿Quién, Juanito Chantada? Pues eso que usted ha dicho, un *parvenú*. Yo lo conocí no hace mucho más de cinco años revendiendo localidades para los toros, ta-

baco de contrabando y cuanto se ofrecía. Dicen que también ha desempeñado otros oficios menos dignos. ¡El hambre, marqués!

PAPIN OCA

Distraído.

¿Y cómo ha logrado entrar aquí?

MANOLO

Por sus pies. Juanito es bailarín.

PAPIN OCA

¿Perro de profesión?

MANOLO

¡Hombre, precisamente de profesión, no! Pero dicen que en el hotel le pagan por bailar.

PAPIN OCA

¿Perro qué me cuentas, Manolito?

MANOLO

Sí, señor. Hay en Madrid algunos pollos, más o menos "bien", cuyo ingreso más saneadito proviene de eso: de lo que aquí les dan por bailar con las señoritas. Luego, después de cenar, se van a otro *restaurant* de otra clase, donde se dejan el dinero que aquí les dieron. Y se divierten con... con las que no son señoritas. Pero allí no les pagan a ellos, allí les pagan a ellas por bailar. Aquí vienen hombres a entretener a las mujeres, y allí van mujeres para que se entretengan los hombres.

Por el foro derecha sale el camarero y se acerca a recoger el servicio de Papín Oca.

PAPIN OCA

¡Metafísico estás!

MANOLO

¡Es que no como!

Al camarero.

¡A ver, joven hombre! Hágame el favor. Va usted a traerme—¡en seguida!—unos *sanguichs*, en la desagra-

dable compañía de un vaso de *wiski.* ¡Pero que volandito!

El camarero, con el servicio de chocolate de Papín Oca, hace mutis por el foro derecha.

PAPIN OCA

Te desconozco, Manolito. ¡Tú tomando *wiski!*

MANOLO

Me va tan bien desde que tengo el honor de ser su secretario, que algún sacrificio he de hacer en provecho de mi alma. Otros se azotan con disciplinas o ayunan en Cuaresma. Yo tomo *wiski;* cuestión de ideas.

Vuelve el camarero por el foro derecha y le sirve a Manolo los emparedados y el *wiski.* Bebe con repugnancia.

¡Es una penitencia como otra cualquiera! Además, que el *wiski* es la bebida de la gente *chic.*

PAPIN OCA

Al camarero.

A mi cuenta.

MANOLO

Muchas gracias, marqués.

El camarero, cuando acaba de servir a Manolo, se acerca a la mesa de la señora y los novios, cobra y retira el servicio.

PAPIN OCA

Yo tenía entendido que odiabas a la gente *chic.*

MANOLO

Eso era antes. Le contestaré a usted como cuando me indicó hace un momento que estaba metafísico. Es que no comía.

Se traga un emparedado entero.

Ahora ya odio a muy poca gente.

PAPIN OCA

¡Hombre, a propósito! Esto...

Se distrae, como siempre.
El camarero, con el servicio de la señora y los novios, hace mutis.

¿Qué te iba yo a decir, hombre...? Esperra.

MANOLO

Lo ignoro, marqués.

PAPIN OCA

Furioso.

¡No me interrumpas, hombre, que se me va el hilo! ¿No ves que estoy pensando?

Sigue cavilando.
Por la puerta del foro derecha llegan Juanito, Pancracio Arteta y un joven, seguidos del camarero, que deja servicios de "wiski" para los tres en una mesa a la izquierda del foro.

PANCRACIO

Al salir saluda con la cabeza y golpecitos de mano a todos los que están en escena, que le contestan muy sonrientes, excepto Papín Oca, que sigue cavilando.

Buenas tardes... Adiós, Angustita. ¿Cómo estás...? ¡Hola, Pepe...! A tus pies, Margarita... *Gut morning*, miss Piquer... Felices, Papín... Adiós, Manolo.

Saluda hasta al perro de la inglesa.

¡Hola, precioso; hola, hola, hola tú también!

Sale el camarero y coloca servicio de *wiski* sobre una mesa, ante la que se sientan los cuatro recién llegados.

Sí, déjelo aquí. Gracias. Adiós, Vicente.

El camarero hace mutis por el foro derecha.

PAPIN OCA

¡Ah, sí, hombre, ya me acuerdo! ¿Qué te pasa con mi sobrino Arturro?

MANOLO

¿A mí? Nada, marqués. No hablo con él desde hace quince días, casi el tiempo que llevo con usted.

PAPIN OCA

Ayer observé que Arturrito se marchaba de mi cuarto cuando tú entraste a llevarme la correspondencia. ¿Habéis tenido algún disgusto?

MANOLO

¡Phs!

PAPIN OCA

¡Ah, vamos! Cuestión de faldas, ¿no?

Manolo calla.

¿Por la sevillanita de Maxim's, quizá?

MANOLO

Digno.

¡No, señor! Se trata de una señorita.

PAPIN OCA

Interesado.

¿De una señorrita? A ver, a ver... ¿Qué señorrita es esa en quien podéis fijarros los dos sin salirros cada cual de vuestra esferra? O tú picas muy alto o Arturrito ha olvidado el nombre que herredó. Menos mal que todo serrán suposiciones tuyas, y lo que tú crees un gran amor, puede que sea otra distracción, nada más.

MANOLO

Pues a mí no me da la gana de que se divierta con nada mío.

PAPIN OCA

¡Déjalo de mi cuenta! Yo soy muy pueblerrino, perro...

MANOLO

¿Cómo muy pueblerrino?

PAPIN OCA

Sí, hombre, muy amigo del pueblo...

MANOLO

(¡ Azúcar !)

PAPIN OCA

De la gente baja... Demócrrata, que se dice ahorra. Precisamente hace días que en el Senado hice una interpelación parra que los pobrecitos barrenderros empiecen su trabajo más tarde. Clarro que mucho me movió la consideración de que mi cuarto está en el entresuelo, ¿ sabes ?, y me despiertan todas las mañanas con unas palabrotas... ¡ Horrorrosas, Manolito, horrorrosas ! Bueno, pues querría decirte que aunque yo soy muy pueblerrino me gusta cada cosa en su sitio y que cada cual conserve su rango con los sacrificios que exige. ¡ Clarro que también con los derrechos que impone ! Yo soy hombre que llevo tres o cuatro corronas en el coche.

MANOLO

Parecerá una carroza fúnebre.

PAPIN OCA

¿ Cómo dices ?

MANOLO

Reflexiones mías ; siga usted.

PAPIN OCA

Distraído.

Arturrito se volverá pronto al Japón.

MANOLO

Muy contento.

¿ Que regresa al Japón ?

PAPIN OCA

Digo yo. Tenía dos meses de licencia, y ya lleva más tiempo en Madrid.

LA INGLESA
Pegando al perro.

¡By cüaet, Alex!

Al camarero, que ha salido y está cobrando a Pancracio Arteta.

¡Garzón!

CAMARERO

¿Señora?

LA INGLESA

Se alguien me llama de visita, estoy bailando.

CAMARERO

Cet bien, madame.

La inglesa hace mutis por la izquierda. El camarero vuelve a acercarse a la mesa de Pancracio, recoge el servicio y hace mutis cuando se indique.

JUANITO

Voy a darle un poco de broma a Papín Oca. Me divierte la mar.

PAPIN OCA
Viéndole venir.

¡El *parvenú!*

JUANITO

¿Qué hay, Manolo?

MANOLO
Despectivo.

Tú dirás.

JUANITO

¿Y usted, Papín Oca? Hace la mar de tiempo que no charlamos. ¡Cuénteme cosas suyas, Papín Oca!

PAPIN OCA

Oiga usted; esto... ¿Qué le iba yo a decir? ¡Ah, sí! ¿Me hace usted el favor de recordarme dónde hemos comido juntos?

MANOLO

¡ Azúcar !

CAMARERO

Que pasaba precipitadamente.

¡ Va en seguida, señor !

MANOLO

¡ No, hombre !

El camarero hace mutis por el foro derecha.

JUANITO

Amoscado.

Usted perdone, marqués.

PAPIN OCA

Así está mejor.

Juanito vuelve a su mesa con Pancracio y el joven.

¡ Pues hombre, me gusta... !

Carolina, Natalia y su señora de compañía llegan por la primera izquierda y forman grupo en primer término de ese lado.

CAROLINA

¿ Ves ? ¡ Tampoco está aquí ! ¡ No ha venido !

PANCRACIO

Desde su mesa, que está muy cerca de ellas, y sin tomarse la molestia de levantarse.

¡ Hola ! Estás preciosa de largo.

CAROLINA

¡ Ay, por Dios, es usted muy amable ! Muchas gracias.

MANOLO

Acercándose a ellas.

Buenas tardes.

CAROLINA

¿Qué es de ti, primo? Desde que te has hecho aristócrata no te quieres tratar con nadie. Ya sé que eres secretario de Papín Oca.

MANOLO

Por lo menos, esa ilusión se hace él.

CAROLINA

¿Tú no?

MANOLO

Yo le llevo la corriente. Secretaría es sinónimo de trabajo, y ni el marqués ni yo hemos hecho nada en nuestra vida, esta es la verdad. Para él soy un lujo más, como las *corronas* del coche. Ya sé que te han visto por ahí muy entretenida.

CAROLINA

¿Ay, a mí? Ay, no sé con quién, no sé.

MANOLO

Y luego dices que yo me he hecho aristócrata... Si yo soy secretario del tío, me parece que tú aspiras a serlo del sobrino.

CAROLINA

¡Ay, Arturito! ¿Lo dices por Arturo? Sí, me ha acompañado unos cuantos días en la Castellana.

MANOLO

Pues esos paseos se van a acabar muy pronto.

CAROLINA

Aparentando indiferencia.

¿Por...?

MANOLO

Porque se vuelve al Japón.

CAROLINA

Vivamente.

¿Que se vuelve al Japón?

NATALIA

¿Que se vuelve al Japón?

SEÑORA DE COMPAÑIA

¿Que se vuelve al Japón?

CAROLINA

¿Estás seguro de lo que dices?

MANOLO

Pero vamos a ver, ¿tú qué tienes con él? ¿Qué eres suyo?

CAROLINA

¿Ay, yo? Nada, hijo, absolutamente nada. Amiga nada más. Nada más que amiga. Por ahora, nada más.

MANOLO

¡Ah! ¿Por ahora?

CAROLINA

Mira, déjame en paz, ¿sabes?

MANOLO

¡Agur! ¡Pero sí te advierto una cosa!

CAROLINA

Provocativa.

¿Qué..., qué?

MANOLO

Nada. ¡Agur!

Vuelve a acercarse al marqués.

CAROLINA

A la señora de compañía.

¿Ha oído usted? ¡Que se marcha al Japón!

NATALIA

Indignada.

¡Que se marcha al Japón!

SEÑORA DE COMPAÑIA

¡Que se marcha, ya lo he oído!

NATALIA

¿Pues sabes lo que te digo? Que ese va huyendo. Y que tú no tendrás vergüenza si le dejas marchar. Va a necesitar banderillas de fuego para declararse.

CAROLINA

Casi llorando.

Si no viene hoy...

NATALIA

No, venir yo creo que viene, eso sí. Caballero lo es. Si te ha prometido venir, viene.

CAROLINA

Llorando a lágrima viva.

¿Pero y si no viene, Natalia, y si no viene?

NATALIA

Sí vendrá, mujer, ya lo verás.

La señora y los novios hacen mutis por la primera izquierda. Al pasar cerca de Pancracio, éste los saluda, ¡cómo no!

PANCRACIO

Hasta ahora, buenas tardes.

Al novio, que hace mutis el último.

Enhorabuena, Pepe.

EL NOVIO

Señalando, azorado, a la señora.

¡Hombre...!

Mutis.

PANCRACIO

¡Ja, ja!

A sus amigos.

Es Pepe Velarde, el marquesito de Aro.

Al llegar este momento están en escena, a la derecha, en primer término, Papín Oca y Manolo, sentados, como al principio del acto. Hacia la izquierda del foro, Valdocela, Juanito y el joven,

también sentados ante una mesa. Y en primer término, izquierda, Carolina, Natalia y la señora de compañía.

Sale Arturo por la primera derecha y se acerca a la mesa de Papín Oca y Manolo.

CAROLINA

¡Ay, que está ahí, allí está ya! ¡Ya está allí! ¡Ya está allí!

NATALIA

¡Ya está ahí!

SEÑORA DE COMPAÑIA

Está ahí, ya lo veo.

ARTURO

¿Qué hay, Papín Oca?

PAPIN OCA

Lo que tú digas, hijo. ¿Y tu madre?

ARTURO

Buena, gracias.

Al ver a Carolina, la saluda desde lejos.

Buenas tardes.

CAROLINA Y NATALIA

Adiós.

PAPIN OCA

¿Y cómo tú por aquí, Arturrito?

ARTURO

¿Te extraña?

PAPIN OCA

Sé que no te entusiasma esto los domingos por la tarde.

ARTURO

He venido a verte nada más.

MANOLO

Irónico.

¡Nada más!

Cruzan la escena, de derecha a izquierda, dos cursis cargadas de pieles magníficas y auténticas.

CURSI PRIMERA

¡Qué frío, chica! Parece que estamos en invierno.

CURSI SEGUNDA

Tienes razón. Yo no me quito nada.

CURSI PRIMERA

Ni yo.

PANCRACIO

Saludándolas.

¡Hola, muy buenas!

Mutis las cursis.

JUANITO

Oye, ¿quiénes son esas?

PANCRACIO

Las hijas de Pérez Armiño, el peletero de la Gran Vía.

Arturo se acerca a Carolina y Natalia.

ARTURO

¿Cómo estáis?

CAROLINA

Dichosos los ojos, hijo.

ARTURO

No he venido más que a cumplir mi palabra de bailar contigo un *Jimmi.*

CAROLINA

Coqueteando.

Ya estoy comprometida.

ARTURO

¿Para todos los bailes?

Dentro comienza a oirse un pasodoble.

CAROLINA

Hombre, para todos, no.

JUANITO

A Pancracio.

Me tienes que presentar a aquellas muchachas.

PANCRACIO

Sí, hombre, ahora mismo. Ven aquí.

Se acercan a ellas. El joven que les acompañaba en la mesa hace mutis por la primera izquierda.

Con vuestro permiso, chiquillas, os voy a presentar a este amigo. Juanito Chantada... Natalia Zancón y Carolina Sambenítez.

JUANITO

Encantado.

PAPIN OCA

A Manolo, observando a Carolina y Arturo.

Oye, ¿erra esa, verdad?

MANOLO

¡Es usted un hacha, marqués!

PAPIN OCA

¡Qué barbarridad! ¡Perro ese muchacho se ha vuelto loco!

JUANITO

A Carolina.

¿Quiere usted bailar?

ARTURO

Al mismo tiempo.

¿Qué, bailamos por fin?

JUANITO

¡Ah! Perdón...

CAROLINA

Ustedes dirán.

MANOLO
Acercándose.

Tú, ¿quieres bailar?

CAROLINA

¡Ja, ja, ja! Solucionado el conflicto. Como éste es mi primo, si bailo con él no se puede ofender ninguno de ustedes dos.

PANCRACIO

¡Muy bien dicho!

MANOLO

Gracias, monona. Ya sabes tú que por un capricho tuyo soy yo capaz... hasta de tomar un tranvía en la Puerta del Sol de siete a nueve de la noche.

JUANITO
A Natalia.

Entonces, si usted me permite...

NATALIA

Con mucho gusto.

PANCRACIO

¡Todos contentos! Pase usted, señora. Pero conste que yo no bailo.

SEÑORA DE COMPAÑIA

Ni yo tampoco.

Hacen mutis por la primera izquierda Carolina, Natalia, la señora de compañía, Manolo, Juanito y Pancracio.
Quedan en escena Papín Oca y Arturo.

PAPIN OCA

¿Qué? ¿No bailas?

ARTURO

Ya lo ves.

PAPIN OCA

Te veo fuerra de la realidad, Arturrito, y en peligro de hacer una gansada irremediable. ¿Qué va a decir tu madre? Bueno, supongo que todo eso serrá una broma...

ARTURO

¿Una broma? ¡Lo más serio de mi vida, tío!

PAPIN OCA

¡Qué barbarridad! Esto es consecuencia de tus amistades con el padre, que te ha engatusado en unos días, y a quien nunca debiste tratar más que como abogado. Un revolucionarrio, un hombre que en su juventud erra un horterra.

ARTURO

¿Un qué, has dicho?

PAPIN OCA

Horterra, hombre, un horterra, señor... Uno de esos que salen en bicicleta los domingos y nos atropellan a los automovilistas. Cuando llegó a Madrid, hace veinte años, venía con un trapito atrás y otro alante.

ARTURO

¿Y en bicicleta? ¡Estaría precioso! Hoy, en cambio, va en automóvil y gana más de cincuenta mil duros todos los años.

PAPIN OCA

¡Bah! Parra tí en el mundo no hay más que dinerro. Creí que apreciabas en más el nombre que herredaste.

ARTURO

¡El nombre que heredé! ¡Mi título ilustre, que ganaron mis nobles antepasados! ¡Ah...! Bonita herencia: un nombre ilustrísimo, y ni una peseta para vivir. ¡Pues sí que estoy divertido!

PAPIN OCA

Ya sabes que si no haces locurras todo lo mío serrá parra ti.

ARTURO

Ya sé, ya...

Por la primera derecha sale un botones, precediendo a D. Gustavo.

BOTONES

Sí, señor, aquí está. Señor marqués...

PAPIN OCA

¡Hombre, Sambenítez! ¿Qué tal?

Mutis el botones.

DON GUSTAVO

Buenas tardes, señores. De su casa vengo, duque. Su señora madre me ha dicho que estaba usted aquí. Celebro la coincidencia que me permite hablar al mismo tiempo con el marqués, a quien de todos modos pensaba yo venir a visitar, puesto que juntos me hicieron ustedes el honor de ir a consultarme.

ARTURO

¿Hay alguna novedad?

DON GUSTAVO

Ahora la sabrán: por desgracia, no tiene mucha importancia. Usted, duque, cuando me hizo su primera visita, sólo conocía por referencias los detalles de la muerte de su tío. En realidad, no sabía usted nada. Hasta ignoraba—continúa usted ignorándolo—quiénes y desde cuándo formaban parte de su servidumbre. En unos días he conseguido yo saber algo de eso. Estoy actuando de policía, marqués.

PAPIN OCA

¡Ja, ja! Me lo figurraba.

DON GUSTAVO

Y mire usted lo que son las cosas. Mi actuación se va a limitar a eso.

ARTURO

¿Cómo?

DON GUSTAVO

Sí, señores. Yo soy incapaz de engañar a nadie, y me encuentro en el penoso deber de confesar que desde el principio no he visto claro en este asunto. Les aconsejo lealmente que busquen otro abogado, que quizá tenga más suerte o más ciencia que yo. Al que ustedes elijan facilitaré con el mayor gusto cuantos datos obran en mi poder y mis modestos trabajos de estos días.

ARTURO

Yo tengo plena confianza en usted.

DON GUSTAVO

Pero yo no la tengo en mí, querido duque. Seguiré trabajando mientras ustedes me nombran substituto, pero nada más. En mi opinión faltan bases para entablar el pleito: pruebas, fundamentos legales.

ARTURO

En su opinión de usted, yo estoy definitiva y totalmente arruinado.

DON GUSTAVO

Calla.

ARTURO

Después de una pausa.

Esa es la realidad, la triste y desconsoladora realidad.

DON GUSTAVO

Yo puedo equivocarme. Nadie es infalible en este mundo. Mi proposición de que nombren un nuevo abogado no es una mera fórmula de cortesía. Si yo tuviera autoridad sobre usted, le exigiría que así lo hiciese. Repito que puedo estar equivocado.

ARTURO

Nervioso.

Sí, sí.

PAPIN OCA

Perro bueno, vamos a ver, ¿qué datos son esos que usted ha encontrado?

DON GUSTAVO

Entre otras cosas, un telegrama expedido desde Madrid a la finca pocos días antes de la muerte del duque. Este despacho lo firma la condesa de los Castañares y va dirigido a un tal Gerardo Barrios. ¿Usted sabe, duque, quién es Gerardo Barrios?

ARTURO

Un amanuense que tenía mi tío desde hacía muchos años, algo así como un secretario de su administrador, ¿no?

DON GUSTAVO

Exactamente. Sino que habiendo cesado en su cargo el administrador unos cuantos meses antes de la muerte del duque, lógicamente hay que pensar que Gerardo Barrios era el verdadero administrador cuando murió su tío de usted.

ARTURO

No lo creo. A Barrios lo conocí yo el día que estuve en El Cigarral antes de marchar a Tokío. Era un empleado de tercera clase, un simple amanuense, incapaz, a mi juicio, de administrar una fortuna tan considerable.

PAPIN OCA

En fin... ¿Qué decía el telegrama?

DON GUSTAVO

Aquí tengo copia.

Leyendo.

"Enterada gravedad. Consternadísima. Salgo inmediatamente automóvil. No hagan nada hasta mi llegada. *Condesa Castañares.*"

El telegrafista del pueblo cercano al Cigarral afirma que desde allí no se expidió ningún telegrama comunicando a la Castañares la gravedad del duque.

ARTURO

Entonces, ¿por dónde lo supo ella?

DON GUSTAVO

Quizá por una carta. Para aclararlo, en cuanto conocí este telegrama y supe quién era Gerardo Barrios, me enteré de su domicilio en Madrid y fuí a verle. No estaba el hombre. Su mujer quedó en participarle mi deseo de hablar con él. Esto fué hace cinco o seis días. Figúrense ustedes mi sorpresa al enterarme ayer de que Barrios ha desaparecido con su familia.

PAPIN OCA

¡Carramba!

ARTURO

¡Entonces ese hombre se ha vendido!

DON GUSTAVO

Por lo menos ha cometido una torpeza. ¿Huye por miedo? ¿Porque lo siente? ¿Tiene alguna culpa que ocultar?

ARTURO

¿Y usted qué ha hecho?

DON GUSTAVO

Yo me he limitado a denunciar a la Dirección de Seguridad su desaparición. Aun en el caso improbable de que haya marchado al extranjero, ¿cómo va a ocultarse si continúa el viaje con su mujer y sus cinco chiquillos? Yo creo que no ha salido de Madrid y que no tardaremos en dar con él. Me parece que ese hombre no es culpable, en el sentido jurídico de la palabra. Puede que su conciencia le acuse de algo, y por eso ha huído con el terror que las gentes ignorantes suelen sentir a cuanto se relaciona con la justicia. Yo en este asunto no considero sino que existe un testamento a favor de la Castañares, que no ha sido revocado. Esta es para usted la triste realidad.

ARTURO

Poniéndose en pie.

De acuerdo, de acuerdo. Tan es así, querido Sambenítez, que yo no pienso volver a ocuparme de esto. Las cosas vienen como vienen y hay que tomar la vida tal cual es. ¡Qué le vamos a hacer! Con su permiso.

DON GUSTAVO

Hasta cuando usted quiera, duque.

PAPIN OCA

Perro hombre, esperra.

ARTURO

No me marcho aún. Voy allá dentro un rato. Luego te veré.

Mutis Arturo por la primera izquierda. Quedan en escena D. Gustavo y Papín Oca.

PAPIN OCA

¡Es un fuguilla!

DON GUSTAVO

Sí. Yo me permito insistir, marqués, en la necesidad de que Arturo nombre un nuevo abogado.

PAPIN OCA

Esa insistencia de usted es prueba de que no considerra el asunto definitivamente perdido.

DON GUSTAVO

Yo sí, mi palabra de honor.

PAPIN OCA

Pues aunque así sea, perdóneme. En un momento tan interresante, con las averriguaciones que ha hecho y las que está en camino de lograr, no es verrisímil que nos abandone usted de repente por considerrar difícil el pleito. Seamos sincerros, querrido. Son otras razones las que le inducen a tomar esa resolución. ¿Me equivoco?

Pausa.

DON GUSTAVO
Violento.

¡Hombre...!

PAPIN OCA

Razones de delicadeza mal entendida. ¿Sigo sin equivocarme?

DON GUSTAVO

Sí, señor. Yo no hubiera insinuado nunca esas razones, pero me lo pregunta usted con tal crudeza, que me creo en el deber de contestarle sinceramente. En efecto, ha llegado a mis oídos el rumor de unos posibles amores entre quien aspiraba a ser mi representado en un pleito donde se ventilaría una cuantiosa fortuna y cierta persona muy allegada a mí. Dignamente yo no puedo seguir representando a su sobrino, aunque me figuro que esos rumores carecen por completo de fundamento.

PAPIN OCA

Lo mismo creo yo. Perro dígame, ilustre amigo. Si fuerran fundadas esas hablillas, ¿a usted qué le parrecería?

DON GUSTAVO

¡Ay, marqués, yo ni entro ni salgo! Mi hija es libre para elegir al compañero de su vida. En cuanto a mí, sólo me preocupa que el hombre a quien dé su corazón la quiera y sea una persona decente.

PAPIN OCA

Pues ya que estamos hablando con esta cordial sincerridad, dígame, don Gustavo, ¿no le preocupa también que la diferrencia de clases pueda ser obstáculo parra la felicidad de un matrimonio?

DON GUSTAVO

Yo no reconozco más clases que la de los caballeros y la de los que no lo son.

PAPIN OCA

Esa serrá una opinión de usted.

DON GUSTAVO

Que precisamente por ser mía es muy respetable.

PAPIN OCA

Es decir, que usted cree que todos somos iguales.

DON GUSTAVO

No tanto. Reconozco que no me considero igual a usted, marqués.

PAPIN OCA

¡Ah, vamos!

DON GUSTAVO

Yo me considero igual del que conquistó hace cinco siglos la nobleza de que usted alardea. Como en los tiempos del Cid, ahora también pueden ganarse ejecutorias.

PAPIN OCA

Entonces se conquistaban por el derrecho de la fuerza.

DON GUSTAVO

Y yo he ganado la mía por la fuerza del Derecho. Se lo digo a usted como lo siento, ya que estamos hablando con esta cordial sinceridad. Soy muy orgulloso, ciertamente, pero ¿qué quiere usted? El orgullo es otra de mis ejecutorias; la de los plebeyos, si a usted le parece.

PAPIN OCA

No es usted orgulloso, no. Si lo fuerra intentarría evitarse la humillación de ver cómo toda una familia ilustre va a rechazar a su hija.

DON GUSTAVO

¿A mí qué me importa? Si ellos se quieren de verdad, nadie podrá impedir su amor. Ya le he dicho a usted que yo ni entro ni salgo.

PAPIN OCA

Pues yo sí. Tengo el deber de velar por la conservación de un prestigio que a precio de sangre conquistarron hace cinco siglos los antepasados de Arturrito.

DON GUSTAVO

¿Todos los antepasados?

PAPIN OCA

Todos.

DON GUSTAVO

¿Usted sabe cuántos antepasados directos, contemporáneos del primer duque del Olmo hace cinco siglos, tiene Arturo?

PAPIN OCA

¡Hombre!

DON GUSTAVO

Pues multiplique usted por dos hasta tantas generaciones como puedan haber transcurrido desde el siglo XVI hasta nuestros días. A tres generaciones por siglo, podemos calcular quince generaciones, y me quedo corto. La cuenta es sencillísima. Todos los hombres tenemos dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, diez y seis tatarabuelos. ¿Sabe usted los antepasados que podríamos calcularle a Arturo si continuáramos multiplicando por dos hasta la décimoquinta generación? Pues unos treinta mil, aproximadamente.

PAPIN OCA

¿Y las alianzas entre familias?

DON GUSTAVO

Por las alianzas entre parientes le concedo a usted que queden reducidos a la mitad.

PAPIN OCA

Tal vez a más.

DON GUSTAVO

A la cuarta parte. Y como la cuarta parte de treinta mil son siete mil quinientos, esos eran, reduciendo mucho, los antepasados directos de Arturo en el siglo XVI. ¡Siete mil quinientos! Uno de ellos era duque,

¿pero y los otros, que ni siquiera se conocerían entre sí? ¿Quién le asegura a usted que entre esos antepasados directísimos no había uno que fuera esclavo de un abuelo mío? Porque espero reconocerá usted que mi hija desciende también de aquellos hombres que en Lepanto y en Villalar lucharon, unos por el Rey y por la libertad otros; de los asesinos de Escobedo y de los pilluelos desarrapados que fueron a poblar América llamándose López. ¡Y Pérez! Bien es verdad que hay muchos López y Pérez que hoy habitan América y que se creen de una raza aparte de los conquistadores españoles. En esto de los antepasados, cada uno se apropia el que más le conviene y desprecia a los demás.

PAPIN OCA

Está usted completamente fuerra de la realidad, ¡fuerra, fuerra!

Se levanta para marcharse.

Con su permiso.

DON GUSTAVO

Usted lo tiene. Y conste que yo no he provocado esta conversación tan desagradable y, además, prematura.

Sale el botones por la primera derecha.

BOTONES

Señor marqués...

PAPIN OCA

¿Qué pasa?

BOTONES

Preguntaban por el señor Sambenítez...

PAPIN OCA

Este señor.

DON GUSTAVO

Debe ser mi pasante. Al llegar le telefoneé para que supiera que estaba aquí por si necesitaba algo.

PAPIN OCA

Buenas tardes.

DON GUSTAVO

A su servicio, marqués.

Papín Oca hace mutis por la primera izquierda, sin haberle dado la mano a D. Gustavo.

DON GUSTAVO

¿Dónde está ese señor?

BOTONES

Aquí llega.

Llega, en efecto. Pero es Gerardo Barrios el que llega. Es un hombre como de sesenta años, muy pálido y tímido; tipo de cesante que está en las últimas. El botones hace mutis por el foro derecha. Barrios queda en la puerta, sin atreverse a entrar. Don Gustavo se sorprende al encontrarse con una persona desconocida, y al pronto prevé un sablazo.

DON GUSTAVO

¡Ah...! ¿Es a mí a quien usted busca?

BARRIOS

¿El señor Sambenítez...?

DON GUSTAVO

Sí, sí. Pero este no es sitio, compréndalo...

BARRIOS

Le he esperado en su casa durante toda la tarde. Por último, un señor que allí había me dijo dónde estaba usted cuando supo mi nombre. Me llamo Gerardo Barrios, señor.

DON GUSTAVO

¡Ah! De todos modos reconocerá usted conmigo que ni el lugar ni el momento son adecuados.

BARRIOS

Yo no he podido escogerlos. Me ha costado mucho decidirme a dar este paso, señor. Y le suplico que me escuche. No es más que un momento.

DON GUSTAVO

Bien. Siéntese.

BARRIOS

Muchas gracias.

Se sientan. Pausa. Cada uno espera que sea el otro quien empiece a hablar.

DON GUSTAVO

Pues usted dirá.

BARRIOS

¿Yo?

DON GUSTAVO

Ciertamente. ¿No es usted quien venía buscándome?

BARRIOS

Sí; pero... es que...

DON GUSTAVO

Diga, diga.

BARRIOS

Resuelto.

¡Yo no sé qué opinión tendrá usted de mí!

DON GUSTAVO

Ninguna, puesto que acabo de conocerle.

BARRIOS

Sí; pero las referencias...

DON GUSTAVO

Las referencias son que sirvió usted al señor duque del Olmo, que en paz descanse, leal y honradamente.

Usted tiene la culpa de los recelos que su conducta me haya podido inspirar más tarde, puesto que al solicitar yo esta entrevista desapareció usted hace tres días.

BARRIOS

Tiene usted razón, es verdad todo eso; cierto que serví honradamente al duque con toda lealtad. Porque yo soy un hombre honrado, señor, yo soy un hombre honrado; de verdad que lo soy. Ha sido la vida, las miserias de la vida, una grave enfermedad que padecía mi hijo pequeño cuando la fatalidad me empujó a ser cómplice de una infamia.

DON GUSTAVO

Nada puede justificar una mala acción.

BARRIOS

Eso lo dice usted porque no se ha visto nunca en situaciones como la mía.

DON GUSTAVO

¡Usted qué sabe!

BARRIOS

No me juzgue sin oirme, ¡se lo suplico! Yo no he cometido ninguna mala acción. He sido cómplice únicamente por mi silencio. Tenga usted en cuenta, además, que a mí nadie me ha preguntado nada.

DON GUSTAVO

Al saber que yo deseaba preguntarle, desapareció usted.

BARRIOS

Tuve miedo, señor. Pensaba prevenir al verdadero y único culpable y solicitar dinero para marcharme muy lejos. Pero ya ve usted que no he cumplido mi propósito. Yo no puedo solicitar más dinero, porque mi silencio fué pagado con creces. ¡Mi pequeño se moría...! Una operación difícil podía ser su salvación... Me ofrecieron recursos para costearla. ¡Y mi hijo vive! ¿Cómo iba a solicitar más dinero? Por la vida de un hijo vendí mi conciencia.

DON GUSTAVO

¡Fué cara la venta!

BARRIOS

¡Pero su objeto valía más! Así piensa el padre. El hombre que siempre fué honrado ya no puede con sus remordimientos. Por eso he preferido confesárselo a usted todo.

DON GUSTAVO

Además, que hubiera sido inútil la huída. ¿No pensó usted también, al decidirse a verme, en cuánto hubiera empeorado su situación si le hallaba la Policía?

BARRIOS

También, sí. ¡Pero no me maltrate usted, don Gustavo, que no lo merezco! Prueba de ello es que vengo a decirle a usted que la última voluntad del señor duque fué nombrar heredero a su sobrino Arturo.

DON GUSTAVO

Eso lo sé yo, sin que usted me lo diga. Está en la conciencia de todos. Pero este convencimiento no es suficiente para un Tribunal de derecho.

BARRIOS

Yo puedo aducir pruebas suficientes para un Tribunal de derecho.

DON GUSTAVO

¿Qué pruebas son esas?

Cruzan la escena de izquierda a derecha los novios y la señora que salieron al principio del acto. Mientras desaparecen por la derecha, Don Gustavo y Barrios hacen una pequeña pausa.

¿Qué pruebas son esas?

BARRIOS

¿Le bastaría a usted la existencia de un testamento ológrafo?

DON GUSTAVO

¿Pero cómo? ¿Existe un testamento ológrafo? ¿De qué fecha?

BARRIOS

El duque lo redactó de su puño y letra a las pocas semanas de cierta entrevista que tuvo con don Arturo en El Cigarral, poco antes de su muerte.

DON GUSTAVO

¿Y quién tiene ese testamento ológrafo? ¿Se habrá destruído? ¿Cayó acaso en poder de la condesa?

BARRIOS

No, señor.

DON GUSTAVO

Entonces..., el administrador, ¿verdad?

BARRIOS

Ese mismo.

DON GUSTAVO

¡El administrador, claro! Un administrador que tenía el duque desde hacía muy poco tiempo, porque el antiguo había cesado en sus funciones, ¿no es eso? El nuevo sólo llevaba en servicio del duque cuando éste murió...

BARRIOS

Tres meses.

DON GUSTAVO

Tres meses, ¡claro está! Tres meses. Pero cuando murió el duque, él no estaba en El Cigarral, ¿verdad?

BARRIOS

No, señor; estaba en Madrid. El duque tenía gran confianza en él, a pesar del poco tiempo que llevaba a su servicio. Cuando se sintió enfermo, antes de declararse la pulmonía y sin sospechar que su enfermedad iba a

tener tan breve y fatal desenlace, envió en su automóvil al administrador a que hiciera unos encargos en Madrid y le entregó el testamento ológrafo para que a su vuelta pasase por Segovia a dejarle el documento al notario y que éste lo legalizara. Lo demás, ya lo supondrá usted. A los dos días empeoró el duque; yo escribí al administrador dándole cuenta de su estado, y entonces él debió ponerse de acuerdo con la condesa.

DON GUSTAVO

Quien desde que llegó a la finca no se separó ni un solo momento de la cabecera del enfermo.

BARRIOS

Sólo salió del cuarto para que se confesara. El señor cura fué la única persona con quien habló a solas.

DON GUSTAVO

Por eso afirma y jura el buen señor que la voluntad del duque era instituir heredero a Arturo, pero no hay quien le saque de ahí.

BARRIOS

Yo puedo aducir, como prueba de lo que digo, el borrador de una carta dirigida al administrador, que el señor duque escribió con lápiz desde la misma cama, antes de que la condesa llegara al Cigarral, y que me entregó a mí para que lo pusiese a máquina, como teníamos por costumbre. En esta carta le hablaba a su apoderado de los encargos que realizaba en la corte y le insistía que no dejase de pasar por Segovia a su regreso, porque le corría prisa tener pronto legalizado el testamento ológrafo que le había entregado.

DON GUSTAVO

¿Usted conserva el borrador de esa carta?

BARRIOS

Sí, señor.

Dentro comienza a oirse un *fox-trot.*

DON GUSTAVO

Esa prueba será suficiente para perder al culpable, pero temo que tendremos un pleito muy enojoso si han destruído el testamento. Ahora sólo necesito saber cómo se llama ese caballero tan honrado que durante la última época de la vida del duque del Olmo administró su hacienda.

Por la primera izquierda salen las cursis cargadas de pieles, acompañadas del joven.

BARRIOS

Viene gente.

DON GUSTAVO

Venga usted conmigo.

Don Gustavo y Gerardo Barrios hacen mutis por la primera derecha.

CURSI PRIMERA

¿Ha visto usted qué cursi está esto, Luisito?

CURSI SEGUNDA

Cada día más cursi.

EL JOVEN

En efecto, sí. ¡Y un calor!

CURSI PRIMERA

¿Ay, usted cree?

CURSI SEGUNDA

Yo no tengo calor.

CURSI PRIMERA

Ni yo.

CURSI SEGUNDA

¿Vamos un rato al *hall?*

EL JOVEN

Como ustedes quieran.

Hacen mutis los tres por la primera derecha. Por la primera izquierda salen Arturo y Manolo.

MANOLO

¿No decías que estaba aquí mi tío?

ARTURO

Aquí estaba antes.

MANOLO

Voy a ver si lo encuentro. ¿Vienes?

ARTURO

Sentándose.

Yo voy a tomar un *wiski.* O dos.

MANOLO

O tres.

ARTURO

Ya veremos.

MANOLO

No te amilanes, hombre.

ARTURO

Sí, que mi situación es para estar contento. Los acreedores no me dejan vivir. Y ahora no podré salir del paso con cinco mil pesetas, como el mes pasado.

MANOLO

Fiaste demasiado en el dinero del duque. ¡Pero no es para tanto, hombre!

ARTURO

No, es para más. Ayer hipotequé la casa que habitamos. Lo último que nos queda. Donde nació y ha vivido siempre mi madre.

MANOLO

¡Hombre, por Dios! Pero eso es una bestialidad.

ARTURO

¿Qué iba a hacer? Nadie quería prestarme sobre la esperanza de mi problemática herencia. Era lo mismo: de todos modos hubiera tenido que vender la casa para

pagar. Ahora no sé qué hacer, no sé..., no sé. ¡Y aún me habla Papín de mis antepasados! ¡Qué asco de vida!

Sale Pancracio por la primera izquierda.

PANCRACIO

¿Qué hay, jovencitos?

MANOLO

Lo que tú digas. Hasta ahora. Voy a ver si no se ha marchado mi tío.

Mutis por la derecha.

PANCRACIO

¿Qué cuentas, Arturo?

ARTURO

Nada de particular. Decía que la vida es un asco, ya ves tú.

PANCRACIO

¿Qué te pasa, hombre?

ARTURO

Nada.

PANCRACIO

Haz lo que yo, que todo me sale por una friolera.

ARTURO

¡Sí, sí!

PANCRACIO

Voy a ver si me quieren servir un vaso de *wiski*.

ARTURO

¡Hombre, haz el favor de decir que me traigan a mí otro! Y perdona, ¿eh?

PANCRACIO

¡Encantado! No faltaba más.

Pancracio hace mutis por el foro derecha. Arturo queda un momento solo en escena. Por la izquierda salen Carolina y Natalia.

NATALIA

¡ Ahí lo tienes! ¡ Ahora! ¡ Anda con él!

CAROLINA

Azorada.

¡ Pero mujer, no te vayas tú!

NATALIA

¡ Quita, tonta! ¡ Nunca encontrarás mejor ocasión!

Mutis.

CAROLINA

Azoradísima.

¡ Ay, por Dios!

Arturo no la ve al pronto. Pausa. Ella procura hacerse notar y deja caer su abanico para llamarle la atención.

ARTURO

¿ Quién?

Recoge el abanico.

¿ Eres tú, muñeca? ¿ No bailas?

CAROLINA

Ya he bailado bastante. ¿ Y tú, qué haces?

ARTURO

Desesperarme, hijita.

CAROLINA

Sin razón.

ARTURO

Tu padre me ha notificado que abandona mi asunto porque no tiene ninguna esperanza de ganarlo.

CAROLINA

Yo convenceré a papá, y estoy segura de que pidiéndoselo yo seguirá ocupándose de tus cosas. ¡ Qué alegría más grande para mí si lo consigo y todo sale bien!

ARTURO

¿Alegría para tí, por qué?

CAROLINA

¡Hombre, porque soy una buena amiga tuya y me agradaría contribuir un poquito al logro de tus deseos! No estés triste, anda. ¡No quiero verte triste!

ARTURO

¡El logro de mis deseos...! ¡Qué diferentes de lo que la gente pensará! ¡Si tú supieras cuáles son...!

CAROLINA

Vivamente.

Ay, ¿cuáles?

ARTURO

¿Te interesa mucho saberlos?

CAROLINA

¡Hombre, tanto como mucho...! A mí lo que más me interesa es que no te preocupes por ese asunto tan antipático de la herencia. ¡Todo se arreglará, ya verás!

ARTURO

Eres muy buena...

CAROLINA

No soy buena, no. Es que...

ARTURO

¿Qué?

CAROLINA

Nada.

ARTURO

¿Nada?

CAROLINA

No, nada. ¡De verdad! Es que...

Por el foro derecha sale el camarero con el *wisky* pedido por Arturo.

CAMARERO

¿El señor había pedido *wisky?*

ARTURO

¿Cómo dice?

CAMARERO

¿Que si el señor había...?

CAROLINA

¡Hombre, déjenos usted en paz!

CAMARERO

Es que habían dicho...

CAROLINA

¡Que nos deje, hombre, que está usted molestando! ¿No ve usted que está molestando? ¡Márchese, hombre!

CAMARERO

Bien, bien.

Hace mutis foro derecha.

CAROLINA

¡Hay que ver! ¿Tú has visto qué pesado?

ARTURO

¡Ja, ja, ja!

CAROLINA

Enfurruñada.

Menos mal que ya te ríes.

ARTURO

No te enfades conmigo, nenita. Y no creas tú que a mí me importa ese asunto tan antipático del testamento por el dinero que pueda reportarme.

CAROLINA

¿Entonces por qué te disgusta y temes perder la herencia?

ARTURO

¿Quieres saberlo?

CAROLINA

Sí.

ARTURO

Porque la gente es muy mala, Carolina, y se complace en pensar mal. Lo que menos me importa es no tener dinero. Me importa más, no teniéndolo yo, que tú heredarás una gran fortuna...

Pausa.

¿Me entiendes?

CAROLINA

Emocionada.

Arturo...

ARTURO

Si yo quisiera con toda mi alma a una mujercita que me diera la felicidad, ¿no pensaría la gente que yo iba buscando además el bienestar material?

CAROLINA

Papá dice que cada cual debe ajustar sus actos con arreglo a su conciencia y no por lo que la gente pueda pensar.

ARTURO

¿Tú lo crees también así?

CAROLINA

Así... Además, que en tu caso nadie podrá pensar mal. Si la muchacha que te gusta tiene dinero, tú en cambio tienes un título ilustre. Y eso...

ARTURO

¿Quieres saber quién es esa muchacha?

CAROLINA

Muy emocionada.

Sí...

ARTURO

¿De verdad te interesa cómo se llama?

CAROLINA

Impaciente.

¡Que sí, hombre!

ARTURO

Tomándole una mano.

Carolina...

CAROLINA

Ruborizada y feliz.

Tonto...

ARTURO

¿Será una locura mía esperar que esa mujercita a quien adoro me dé algún día la felicidad en la tierra...? Di.

Ella no puede soportar más su emoción, y sus ojos se llenan de lágrimas.

¡Carolina...! ¿Pero qué es eso? ¿Estás llorando? ¿Qué te pasa, nenita?

CAROLINA

¡Déjame, tonto, antipático! No quiero que me veas llorar... Déjame...

ARTURO

¡Pero Carolina...!

CAROLINA

Riendo entre lágrimas.

¡¡Ay!! ¡Te arañaría de mejor gana que lo digo!

ARTURO

Atónito.

¿Por qué?

CAROLINA

¿Y me lo preguntas, ingrato? ¿Tú sabes lo que me has hecho esperar?

ARTURO

¡Pero, hija, si no hace un mes que te conozco!

CAROLINA

Desde entonces te quiero yo a ti.

ARTURO

Pues te prometo que nos desquitaremos de las semanas perdidas. ¡Y aun del tiempo que hemos vivido sin conocernos!

CAROLINA

Rompiendo a reir repentinamente.

¡Ja, ja, ja!

ARTURO

¿De qué te ríes ahora?

CAROLINA

¡Ja, ja, ja!

ARTURO

Dímelo.

CAROLINA

No, que te vas a enfadar.

ARTURO

Dilo, tonta.

CAROLINA

No, no.

ARTURO

Cariñoso.

Anda, dímelo.

CAROLINA

Si nos viera...

ARTURO

¿Quién?

CAROLINA

Aquélla..., la del testamento..., la que encontraste en casa.

ARTURO

¡Pero muchacha! ¿Tú por dónde sabes...?

CAROLINA

Misterios.

ARTURO

No me amargues la felicidad recordándomela. Y escucha una cosa.

CAROLINA

¿Qué?

Arturo le dice algo al oído. Ella se ruboriza un poco y vuelve a reir. Están sentados en primer término derecha.

Por la primera derecha sale Manolo en dirección a la primera izquierda. Juanito sale por el foro izquierda en dirección al foro derecha. Al encontrarse, Manolo detiene a Juanito.

MANOLO

Oye, Chantada.

JUANITO

Tú dirás.

MANOLO

En tu busca iba. ¡Hombre, yo no sabía que tú eras el apoderado general del difunto duque del Olmo...!

JUANITO

Ah, ¿no lo sabías? Pues sí...

MANOLO

Arturo Heredia quiere ponerle pleito a la Castañares, y mi tío Gustavo Sambenítez está encargado de representarle.

JUANITO

Palideciendo.

Ah, ¿tu tío...? ¿De modo que...? Bueno, ¿y qué quieres de mí?

MANOLO

Yo, nada. Mi tío quería verse contigo..., preguntarte algunos detalles confusos. ¿Podrías ir mañana a su casa?

JUANITO

¿Mañana? No sé si voy a poder, ¿sabes...? No, porque... Dile que no... Porque precisamente mañana...

MANOLO

Tú sabrás lo que más te conviene.

JUANITO

¡Hombre, no! Como convenirme... No sé por qué. Verás...

Pensándolo mejor.

Bien, yo arreglaré mis cosas. Dile que iré.

MANOLO

Pues gracias, y hasta la vista.

JUANITO

Adiós, Manolo.

Se despiden con un apretón de manos. Manolo inicia el mutis por la primera derecha. Al pasar, sin detenerse, cerca de los novios, le dice a Arturo:

MANOLO

Que sea enhorabuena, tú.

ARTURO

No sabes con cuánto placer la acepto.

MANOLO

Y tú no sabes por qué te la doy.

Mutis primera derecha.

ARTURO

¡Ja, ja, ja!

CAROLINA

Sinceramente.

¡Pobre Manolo!

JUANITO

Que no se ha movido del sitio donde Manolo se despidió de él.

No pueden tener pruebas... Y después de todo, si así fuera... ¡Vale más mi libertad que el dinero!

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

TERCER ACTO

La misma decoración del primer acto. Es por la mañana, al día siguiente del acto anterior.

Al levantarse el telón está en escena Manolo hojeando un periódico. Por el foro sale D. Gustavo.

DON GUSTAVO

¡Hola, Manolo!

MANOLO

Buenos días, tío.

DON GUSTAVO

¿Llevas mucho tiempo esperándome?

MANOLO

No, señor; acabo de llegar. ¿Qué hay de nuevo?

DON GUSTAVO

Mucho y bueno. Ahora vengo del Banco de España, y antes estuve en casa de Cedazo, que, como sabes, es consejero, para que me hiciera el favor de acompañarme.

MANOLO

¿Ha ido al Banco con usted?

DON GUSTAVO

Sí. Yo necesitaba una persona influyente en aquella casa. Su presencia ha facilitado mucho mis averiguaciones. ¡Ah, oye! Supongo que no habrás enterado al marqués de lo que ocurre.

MANOLO

No he visto al marqués desde ayer. Y probablemente no volveré a verlo más. Después de la violenta escena que tuvo usted con él, yo no debo seguir aguantándole.

DON GUSTAVO

Hay que pensar eso, Manolo. No estás para hacer chiquilladas. Esperemos a ver cómo termina todo esto. No me seas fuguilla.

MANOLO

Mire usted, tío, con franqueza: Yo no sé en qué móviles va usted a figurarse que me inspiro para hablarle como voy a hacerlo, pero mi opinión leal es que no hace usted bien en consentir esas relaciones.

DON GUSTAVO

¡Y dale bola! Yo no consiento ni dejo de consentir. ¿Cómo voy a decir que ni entro ni salgo? ¿Arturo es un caballero? ¿La quiere? Pues a mí me basta. Si por algo me desagradaría esa unión es por el qué dirán. Pero yo soy un hombre... lo suficientemente hombre para sobreponerme a las hablillas.

MANOLO

Arturo sólo pretende divertirse con Carolina.

DON GUSTAVO

¡Ah, eso no! Por mucha violencia que me cueste, yo hablaré con él y quedará despejada la situación. Y si él se presenta noblemente, ni tú, ni su familia, ni nadie lograréis que rectifique de actitud.

MANOLO

¡Allá usted!

DON GUSTAVO

Allá yo, dices bien. Y hagamos punto, porque, si mucha violencia me costó ayer tratar este asunto con el marqués y mucha violencia me va a costar planteárselo

a Arturo, aún me violenta más tratarlo contigo por... lo que no quisiera saber. Carolina es libre para dar su corazón a quien quiera.

MANOLO

¡Está bien!

DON GUSTAVO

Lo que sí te juro que estoy deseando es terminar ya de una vez con el dichoso testamento.

MANOLO

No más lejos de ayer mañana me dijo usted que iba a dejar de ser el abogado de Arturo.

DON GUSTAVO

¿Qué quieres que haga? ¿Voy a abandonarlo ahora, cuando quizá puede arreglarse todo muy pronto, sin necesidad de pleito?

MANOLO

¿Cómo sin pleito? ¿Pero usted cree que la Castañares se va a resignar?

DON GUSTAVO

Naturalmente. Arturo es quien puede presentar una querella contra la condesa. No le conviene a ella remover la basura.

Sale el criado por la derecha.

CRIADO

¿Señor?

DON GUSTAVO

¿Qué ocurre?

CRIADO

Ahí está ese hombre. Lo he pasado directamente al despacho, como usted me dijo.

DON GUSTAVO

Bien.

El criado hace mutis por el foro.

Vamos allá. Es un individuo muy interesante, ya verás. Ahí tienes un tipo para una novela.

Don Gustavo y Manolo hacen mutis por la puerta lateral derecha. Hay un momento de pausa. A poco empieza a sonar el timbre del teléfono. Vuelve a salir el criado por el foro, y acude al aparato para contestar.

CRIADO

Al teléfono.

¿Quién es...? ¿Cómo...? Aquí la casa del señor Sambenítez... Sí, señor; me parece que sí... ¿De parte de quién...? Espere un momento, voy a ver.

Se retira del aparato, sin colgarlo. En este momento sale Carolina por la lateral izquierda.

CAROLINA

¿Quién llama?

CRIADO

Es para el señor. Quiere hablarle el señor duque del Olmo.

CAROLINA

¡Ay, bueno; deje usted! Yo avisaré a papá.

Carolina se encamina a la puerta lateral derecha, mientras el criado hace mutis por el foro. En cuanto éste ha desaparecido, ella se acerca precipitadamente al teléfono.

CAROLINA

Al teléfono, fingiendo voz de hombre.

¿Es el señor duque del Olmo...? Soy yo: Sambenítez... ¿Cómo que no...? ¿Que quién tiene gana de broma...?

Con su voz natural.

¡Ja, ja, ja! ¡Pues claro, tonto! Niégame ahora que soy Sambenítez... Sí te oigo, sí... ¡Que te crees tú

eso...! ¿En serio? ¿Pero en serio de verdad...? Bueno, pues ya te escucho en serio.

Escucha con emoción creciente y habla ahora en voz muy baja, como si temiera ser oída.

¿Qué...? ¿Qué...? Sí... Que sí... Mucho...

Estremeciéndose.

¿Eh...!? No, no; ni siquiera por teléfono... Aunque no lo sepa nadie... Bueno; pero nada más que por teléfono, ¿eh?; no te hagas ilusiones... Ya estoy preparada. Cuando quieras...

Sin soltar el aparato de la mano se lo aparta del oído y cierra los ojos, temblando de emoción al recibir, aunque por los hilos eléctricos, el primer beso de amor.

¡Jesús!

Vuelve a oir por el auricular.

¿Qué...? Sí me ha llegado, sí... ¿No me oyes?

Muy alto.

¡Que sí me ha llegado, hombre...! ¿Quién se ríe? ¡Central, déjenos! ¡Mira qué graciosa...! Tienes razón, Arturo... Y yo también, Central; yo también presentaré una reclamación. Los dos la presentaremos. ¡Vaya...! Arturo... Arturo... Sí, será lo mejor. Voy a avisarle... Adiós... Sí, adiós... Adiós.

Se retira del aparato e intenta hacer mutis por la lateral derecha, pero la puerta está cerrada con llave por dentro. Entonces, Carolina toca con los nudillos.

¡Papá...! ¡Papá!

DON GUSTAVO

Dentro.

¿Qué quieres, hija?

CAROLINA

Que te llaman por teléfono.

DON GUSTAVO

Voy.

Sale a escena.

¿Quién me llama?

CAROLINA

¡Ay, yo no sé! No he tenido la curiosidad de preguntarlo.

Se sienta y finge que lee.

DON GUSTAVO

Por teléfono.

¿Quién...? Sí, sí, presente... ¡Ah!, ¿es usted, duque? Mándeme... Precisamente, yo también deseaba hablar con usted... Estaré toda la mañana, sí; pero no sé... Bueno, venga usted. Hasta luego, duque. ¿Con que no sabías quién era, eh?

CAROLINA

¡Ay, yo no, papá!

DON GUSTAVO

Bueno, bueno; hasta ahora.

Don Gustavo se marcha nuevamente por la derecha. Carolina queda ensimismada con el libro en la mano.

CAROLINA

¡Ay que ver, yo duquesa! ¡Mira que yo duquesa! ¡Hay que ver...!

Se levanta y finge que le habla un imaginario criado.

¿Señora duquesa?

Displicente, fingiendo responderle.

¿Qué?

Después se imagina ante un caballero que le besa la mano.

Oh, duquesa, ¿qué tal?

Y que ella le contesta:

Querido marqués...

Por el foro sale el criado con Juanito Chantada.

CRIADO

Pase usted. En seguida vendrá el señor.

Mutis foro criado.

CAROLINA

Volviéndose rápida.

¿Eh? ¡Ah, perdón! Buenos días.

Va a marcharse.

JUANITO

Buenos días. Yo soy quien le pido a usted mil perdones por haberla interrumpido. Pero ¿no me recuerda usted, señorita?

CAROLINA

¡Ah, sí, es verdad! Nos presentaron ayer.

JUANITO

Tuve ese gusto.

CAROLINA

¿Qué tal?

JUANITO

Bien, ¿y usted?

Se dan la mano.

CAROLINA

¿Quería usted ver a mi padre?

JUANITO

Su padre de usted desea hablar conmigo. Cuestiones forenses. Algo relacionado con la herencia del duque del Olmo.

CAROLINA

Interesadísima.

Ah, ¿sí? ¿Y usted qué tiene que ver con eso? ¡Ay, usted perdone!

JUANITO

¡Por Dios! Es muy natural su curiosidad. Yo era apoderado general del difunto duque.

CAROLINA

Pero ¿qué me cuenta usted?

JUANITO

Sí. Ese mismo cargo lo tuvo durante muchos años un pariente de mi madre. El mismo me recomendó para sucederle, cuando sus muchas ocupaciones le impidieron continuar ejerciéndolo. Yo lo desempeñé únicamente durante tres meses; hasta que murió el duque. Pero en tan poco tiempo había llegado a tomarme verdadero cariño. Me quería como a un hijo.

CAROLINA

Ah, ¿sí?

JUANITO

Sí. Tanto, que cuando murió, según me han dicho, porque yo no tuve el consuelo de hallarme entonces a su lado, pedía con mucha insistencia que llamasen al notario. ¡Pobre! Yo creo que pensaba dejarme algún legado importante.

CAROLINA

Desconfiadísima.

¡Ah...!

JUANITO

Ahora parece ser que su sobrino, el imbécil de Arturo Heredia, a quien el pobre duque no podía ver ni en pintura, ha consultado a su padre de usted para pleitear con la condesa de los Castañares, que es la legítima heredera. No sabe por dónde se anda ese mocito.

CAROLINA

¡Ay! ¿Usted cree...?

JUANITO

Estoy seguro de ello. ¿Usted le conoce?

CAROLINA

¿A quién?

JUANITO

A Arturo, el actual duque.

CAROLINA

¡Ah! Sí le conozco, sí.

JUANITO

Entonces habrá usted podido comprobar lo majadero y mamarracho que es. Usted perdone que me exprese con este calor. Es que el tal Arturito me revienta, como a todo el mundo en Madrid.

CAROLINA

Yo no he podido comprobar todo eso que usted dice, porque... como no es mi marido.

JUANITO

¡Je! Claro está.

CAROLINA

Quiero decir que ahora es mi novio nada más.

JUANITO

¿Cómo dice usted?

CAROLINA

Que es mi novio nada más: Arturo, el actual duque.

Juanito Chantada mira al suelo, esperando que tenga la bondad de abrirse y tragárselo. Pero el pavimento permanece impasible.

JUANITO

¡Je, je! Qué bromista... Bueno, usted comprenderá que... Sí, porque yo... (¡Caray!) He querido decir... Bueno, yo hablaba en el terreno legal, ¿sabe usted...? Vamos, de sus pretensiones hereditarias. (¡Huy!)

CAROLINA

¿Qué dice usted, hombre?

JUANITO

No sé. Digo, sí sé. ¡Sí sé! Yo, personalmente, le aprecio, ¿comprende? Ahora, como litigante en este pleito, ¿usted me entiende?

CAROLINA

Regular, nada más.

JUANITO

¡Je, je! ¡Qué graciosa! Dice que regular...

Sale D. Gustavo por la derecha.

DON GUSTAVO

¿El señor Chantada?

JUANITO

Servidor de usted.

DON GUSTAVO

A Carolina, contrariado.

¿Pero cómo? ¿Qué haces tú aquí, niña?

JUANITO

Tiene el gusto de conocerme. ¡Digo, no! Es que...

CAROLINA

Ya me voy, papá; ya me voy.

Mutis por la izquierda.

JUANITO

Aparte.

¡Bueno! Yo que había hecho acopio de serenidad. ¡Maldita niña!

DON GUSTAVO

¿Quiere usted sentarse?

JUANITO

Lo que usted mande.

DON GUSTAVO

Pues siéntese.

JUANITO

Gracias.

Lo hace. Pausa.

Y usted ¿no se sienta?

DON GUSTAVO

Ya veremos. Por ahora, no. Me gusta hablar de pie.

JUANITO

Con la risa del conejo.

¡Je! Costumbres que hay.

DON GUSTAVO

Cierto.

Don Gustavo pasea por la habitación. Pausa.

No sé si le habré molestado haciéndole venir.

JUANITO

¡No, por Dios! ¿Molestia yo? ¡De ningún modo! Estoy a su servicio.

DON GUSTAVO

¿Quiere usted tomar algo?

JUANITO

¿Quién, yo? No, señor; muchas gracias.

DON GUSTAVO

¿Una copa de coñac tampoco? Lo digo porque lo encuentro a usted..., no sé.

JUANITO

No, señor; estoy bien. Muchas gracias.

DON GUSTAVO

Pues yo quería, si es usted tan amable, que tuviese la bondad de aclararme algunos puntos obscuros referentes a la muerte del duque del Olmo.

JUANITO

¡Pobre duque!

DON GUSTAVO

Pobre duque, ¿verdad?

JUANITO

¡Pobre!

DON GUSTAVO

Tenía veinte millones de pesetas; pero, en fin... ¡Pobre duque! Su sobrino, a quien yo represento, me ha contado cosas extrañas. Claro es que él está apasionado, una pasión disculpable después de todo, dada la cuantía de la herencia, para cuya posesión se cree con mejor derecho. Por eso yo deseo informarme de personas sensatas é imparciales que me digan lo que hay de verdad en esas coacciones de que se habla para impedir que el duque revocara su primer testamento; qué hay de cierto en ese interés que se dice demostró alguien por que el notario no llegase a tiempo a la cabecera del pobre duque.

JUANITO

Yo debo advertirle a usted una cosa.

DON GUSTAVO

¿Y es...?

JUANITO

Que yo estaba en Madrid cuando ocurrió la defunción.

DON GUSTAVO

¡Ah! ¿De modo que...? ¿Usted no estaba en El Cigarral?

JUANITO

No, señor. Había venido unos cuantos días antes para hacer unos encargos, encargos que nada tienen que ver con el asunto de que tratamos, y que me figuro no le interesarán a usted.

DON GUSTAVO

Cierto. Pero, dígame. Parece ser que cuando la condesa envió a buscar el notario no pudo ir su automóvil porque se descompuso de repente. Pero, ¿y el automóvil de la casa, no estaba de servicio?

JUANITO

Me lo había yo traído a Madrid.

DON GUSTAVO

El automóvil a usted.

JUANITO

Eso es. Por orden del mismo duque, que así lo dispuso.

DON GUSTAVO

¡Ah! Ya, ya, ya, ya. ¿Y cómo teniendo un *auto* a su servicio y queriendo usted tanto al duque no se apresuró a regresar al enterarse de su gravedad?

JUANITO

No me enteré..., la enfermedad fué muy corta. La primera noticia que yo tuve fué la del fatal desenlace.

DON GUSTAVO

Pues la condesa sí se enteró.

JUANITO

¡Ah, yo no sé!

DON GUSTAVO

Yo sí. Yo sí lo sé. La condesa acudió inmediatamente. Y a ella es más verisímil que se olvidaran de avisarla. ¿Pero a usted? Cometieron una falta imperdonable.

JUANITO

Cierto.

DON GUSTAVO

Sobre todo, aquel secretario que usted tenía...

JUANITO

¿Yo?

DON GUSTAVO

Bueno, secretario... De alguna manera he de nombrarle: uno que le ayudaba a usted en sus trabajos de administración..., que llevaba mucho tiempo sirviendo al duque, desde los tiempos de su pariente de usted...

JUANITO

Ah, sí: Gerardo Barrios.

DON GUSTAVO

¡Gerardo Barrios, eso es! ¿Tampoco le avisó a usted Gerardo Barrios?

JUANITO

Me parece que no. Ya no me acuerdo.

DON GUSTAVO

¡Hombre... !

JUANITO

Es decir, sí me acuerdo. El me dijo después que me había escrito. Quiero decir que no recibí la carta...

DON GUSTAVO

Ya.

JUANITO

Claro, porque yo, ¿sabe usted? Aquí, en Madrid, no paraba en sitio fijo.

DON GUSTAVO

Es natural. ¡Con tantos encargos como usted tenía que cumplir... ! Perdone si por una sola vez aludo a los encargos. ¿No figuraba entre ellos el de pasarse por Segovia a su regreso?

JUANITO

Levantándose de un salto.

Señor mío, este es un interrogatorio intolerable.

DON GUSTAVO

Cálmese, haga el favor. Y si prefiere dejar esta conversación, márchese. Pero le advierto lealmente que desde el mismo portal encontrará usted compañía...

Juanito duda, y permanece sin moverse.

¿Prefiere usted quedarse? Hace bien. Tranquilamente es posible que lleguemos a entendernos.

Se dirige a la puerta de la derecha.

¡Barrios!

JUANITO

¿Eh?

DON GUSTAVO

Nada, es un amigo.

Por la derecha salen Barrios y Manolo.

Pase usted, Barrios, y siéntese.

JUANITO

¡Esta es una encerrona indigna! Al llegar aquí pensé que entraba en casa de un caballero.

DON GUSTAVO

Yo, en cambio, cuando llegó usted pensé que entraba en mi casa un granuja. Los dos estábamos en lo cierto. Conque vamos a ver: ¿dónde está el testamento ológrafo?

JUANITO

¡Ese hombre miente!

DON GUSTAVO

¡Bonita manera de defenderse! Afirmando que miente la única persona que podía denunciarle. Entonces ¿por qué se enfadó usted tanto cuando inocentemente le pregunté si tenía que hacer algún encargo en Segovia?

JUANITO

Nadie podrá probarme que yo tengo ese documento.

DON GUSTAVO

Comenzando a leer el borrador de la carta del duque a su administrador.

"Querido Chantada: Me encuentro algo peor, y desde ayer he tenido que guardar cama. Apresure usted sus quehaceres y no deje de pasar por Segovia para entregarle al notario..." ¿Quiere usted que siga? No hace fal-

ta, ¿verdad? Al día siguiente de recibir esta carta supo usted la gravedad del duque, y entonces fué usted a enterar a la condesa, quizá sin otro propósito, es cierto. Lo que hablaran ella y usted estará en la conciencia de ambos.

JUANITO

La prueba de que no es cierto cuanto está diciendo es que yo he acudido a esta cita que usted me ha dado.

DON GUSTAVO

Eso prueba lo contrario. Al sospechar usted que podía estar descubierto ha venido a convencerse de ello para entregarse a mí en caso de que así fuera, porque era la única salida que a usted le quedaba. Y es inútil que siga usted negando. Aquí está este borrador escrito por el mismo duque.

JUANITO

¿Y si yo hubiera roto el testamento a cambio del dinero que me entregara la condesa?

DON GUSTAVO

¡Ja, ja, ja!

JUANITO

¿No lo cree usted?

DON GUSTAVO

¡Naturalmente, hombre! En Julio del año pasado, antes de cumplirse un mes de la muerte del duque, cobró usted en el Banco de España un cheque, nominal y firmado por la condesa, de cincuenta mil pesetas. En Enero pasado cobró usted otro de cinco mil pesetas. Y otro de veinte mil hace dos meses. La condesa quiso tenerle a usted sujeto, y por eso los cheques eran nominales y no al portador. Pero estos datos demuestran que usted conserva el testamento como una ganzúa para sacar dinero a la Castañares. Por mucho que pudieran a usted darle de una vez, usted comprendió que sacaría más en diversas veces. Así se aseguraba usted la vida. Por eso

estoy seguro de que el documento sigue en poder de usted... Es usted demasiado listo para, ni siquiera hoy, haberlo roto. Porque aun rompiéndolo no se hubiera usted salvado estando descubierto por esta prueba, porque si antes le sirvió de arma para saquear a la condesa, ahora pensaba usted utilizarlo como medio de salvación quizá. Por eso está usted aquí, por eso no ha ido usted a casa de su cómplice: porque ahora piensa usted que su conveniencia consiste en traicionarla.

Juanito se deja caer en una silla anonadado. Pausa larga.

Por todo eso ha venido usted aquí. O para engañarme si podía. ¿Dónde está el testamento?

JUANITO

¿Me salvará usted si se lo entrego?

DON GUSTAVO

Yo no soy más que el representante del actual duque. El decidirá si le conviene querellarse contra usted. Le bastaría con presentar esto.

Por el borrador.

Manolo.

MANOLO

Mande usted.

DON GUSTAVO

Acompaña a este señor... adonde él quiera. Y tráeme después lo que habrá de entregarte. ¿Está usted conforme?

Juanito vacila un momento.

¿Qué?

JUANITO

Es que... Me dijo usted antes que en el portal...

DON GUSTAVO

En el portal no hay nadie más que el portero. Yo también sé mentir cuando hace falta.

JUANITO

Buenos días.

DON GUSTAVO

Hasta la vista...

JUANITO

Asustado.

¿Eh?

DON GUSTAVO

Hasta la vista... si nos vemos. El duque decidirá lo que ha de hacer.

Juanito y Manolo hacen mutis por el foro. Quedan en escena D. Gustavo y Gerardo Barrios.

¡Buen viaje! Un pillo menos que habrá en España.

BARRIOS

Don Gustavo... Ahora sólo falta que disponga usted de mí.

DON GUSTAVO

Con usted tengo yo un agravio personal. Ayer me dijo usted, para justificar su conducta, que yo no podía juzgarle porque no me había encontrado nunca en situaciones como la suya. Antes de nada quiero que usted sepa por mí, y en esta casa tan lujosa, donde se vive con holgura, que quizá las he pasado peores, que he tenido ocasiones de cometer algunas infamias impunemente y que siempre se ha impuesto en mí lo que creía mi deber. Después de esta aclaración, que me importaba quedase bien sentada, dispongo de usted que se vaya ahora mismo a su casa y le dé un beso a su hijo de mi parte. Nada más.

BARRIOS

Intenta besarle la mano, muy emocionado.

Don Gustavo...

DON GUSTAVO

Ande, ande, márchese. Nada de pamemas.

BARRIOS

Déjeme decirle siquiera que si mi hijo le debe la vida a una infamia de su padre, la honra de su apellido se la deberá a usted. Eso, don Gustavo, yo no podré olvidarlo nunca. Y le juro que también lo sabrá él, si Dios me da vida. Buenas tardes.

DON GUSTAVO

Adiós. Cumpla mi encargo.

Le tiende la mano descuidadamente. Barrios, entonces, se la besa, a su pesar, y hace mutis por el foro. Queda D. Gustavo solo en escena.

¡Demonio de hombre! En fin... Asunto concluído. ¡Gracias a Dios!

Queda un momento ensimismado. Por la izquierda sale Carolina.

CAROLINA

Papaíto, ¿se fué ese hombre?

DON GUSTAVO

¿Quién?

CAROLINA

Ese, el que estaba conmigo cuando tú saliste a recibirle.

DON GUSTAVO

Se fué, sí. Pero hay muchas novedades, hijita. Algo inesperado.

CAROLINA

Ah, ¿sí?

DON GUSTAVO

No puedes figurarte. Nada tan lejos de mi imaginación ayer mismo que los asuntos de tu amigo el duque pudieran resolverse tan pronta y felizmente.

CAROLINA

Pero ¿qué me dices, papá?

DON GUSTAVO

Arturo será rico. Yo espero que muy pronto entrará en posesión de lo que legítimamente le pertenece.

CAROLINA

¡Hay que ver! Nada tan inesperado, dices bien. Ayer mismo me hablaba él de que había perdido toda clase de esperanzas.

Sale Arturo por el foro.

ARTURO

¿Se puede?

DON GUSTAVO

¡Hombre, duque! De usted hablábamos.

ARTURO

¿Mal o bien?

DON GUSTAVO

Aún no habíamos hecho más que nombrarle.

Se dan la mano.

ARTURO

Celebro entonces haber interrumpido la conversación..., por si acaso.

DON GUSTAVO

¡Ja, ja, ja!

ARTURO

¿Qué tal, Carolina, desde antes?

DON GUSTAVO

Con extrañeza.

¿Cómo desde antes?

ARTURO

Cuando llame antes por teléfono, mientras usted acudía charlamos un momento los dos.

DON GUSTAVO

Con sorna.

Ah, ¿sí?

CAROLINA

(¡Ay, Jesús, qué bochorno...!) Bueno, me voy, porque..., porque ustedes tendrán que hablar...

Aparte a Arturo.

¡Majadero! ¿A quién se le ocurre decir eso?

Mutis por el foro. Quedan en escena D. Gustavo y Arturo.

DON GUSTAVO

Es una chiquilla.

ARTURO

Encantadora.

DON GUSTAVO

La única ilusión de mi vida.

ARTURO

Es natural.

Pausa.

Bueno, pues yo..., como le anuncié antes por teléfono, quería hablar con usted.

DON GUSTAVO

Y yo con usted, duque.

ARTURO

Si es para insistir en su propósito, manifestado ayer, de abandonar mi representación en el asunto de la herencia, yo vengo para ahorrarle a usted ese trabajo. Tiene usted razón. Yo no nombraré otro abogado, por-

que sus razonamientos me han convencido, y he perdido ya toda clase de esperanzas; pero sé que, además de los motivos profesionales que usted alegaba para no ocuparse de mis cosas, hay otras razones de delicadeza que le impulsan a ello.

DON GUSTAVO

¡Ah...!

ARTURO

Anoche estuve hablando con mi tío. Me contó a su modo la escena que tuvieron ustedes. Yo me la figuro sin haberla oído. Mi tío..., él me perdone... Yo le quiero mucho, pero... Tuvimos un disgusto bastante serio.

DON GUSTAVO

Lamento que por mí...

ARTURO

No, señor, no. Era inevitable. De todos modos tenía que producirse. Yo no pensaba hablarle a usted tan pronto en la forma que voy a hacerlo, pero una vez enterado de la conversación de ustedes he creído que mi deber era venir aquí para que todas las actitudes queden definidas.

DON GUSTAVO

Eso le honra a usted.

ARTURO

Yo quiero a su hija, don Gustavo, y ella me quiere a mí. Si usted no desaprueba mis intenciones, estoy dispuesto a hacerla mi esposa cuando usted lo permita.

DON GUSTAVO
Emocionado.

Es muy niña todavía.

ARTURO

Cuando usted lo permita.

DON GUSTAVO

El paso que acaba usted de dar me emociona y me deja obligado para siempre a su lealtad. Pero mentiría si le negase que lo esperaba de usted, duque.

ARTURO

No me llame duque, se lo suplico.

DON GUSTAVO

Pues lo esperaba, Arturo. Primero, porque es usted un caballero, y segundo, porque desde que le conozco pude advertir que también es usted muy vehemente... Y temo...

ARTURO

Yo estoy seguro de mis sentimientos.

DON GUSTAVO

No lo dudo. Pero usted mismo me ha confesado que su decisión de venir a hablarme hoy es consecuencia de la conversación que su tío y yo tuvimos ayer. Su conducta es intachable y muy de agradecer; mas por eso mismo quiero yo corresponder a ella rogándole que no se considere comprometido todavía. Yo me permito aconsejarle que lo piense detenidamente. Considere usted si su cariño a mi hija le compensa de la lucha que va usted a entablar con su familia.

ARTURO

Eso es lo de menos. Lamentaré con toda el alma si mi madre se disgusta conmigo. Pero por nada renunciaré a mi felicidad. Sólo necesito que usted me conteste.

DON GUSTAVO

¡Es usted un hombre, Arturo! Yo le contesto a usted que apruebo esos deseos tan noblemente expresados, que los agradezco en cuanto valen, pero que no quiero considerarle a usted comprometido aún.

ARTURO

Me considero yo, y basta. Muchas gracias, don Gustavo.

DON GUSTAVO

Hágala usted feliz, Arturo.

ARTURO

Se lo prometo a usted.

DON GUSTAVO

En este momento mi cariño por Carolina hace que vacilen un poco mis ideas de toda la vida. Me explicaré... Su tío de usted me dijo ayer, entre otras muchas..., entre otras muchas cosas, que la diferencia de clases puede ser un obstáculo insuperable para la felicidad de un matrimonio.

ARTURO

Eso es una vulgaridad; ya no hay clases.

DON GUSTAVO

Así le contesté yo. Pero no es tan lógico que así lo piense usted. Mi temor consiste, no en que el obstáculo sea esa diferencia, puesto que la juzgo absurda, sino en que usted pueda no juzgarla lo mismo alguna vez, ofuscado por su posición social y económica.

ARTURO

¿Económica?

DON GUSTAVO

No rectifico. Yo también tenía que hablar con usted de algo importante. Lo que lamento es que dos cosas tan distintas vayan mezcladas en la misma conversación. Usted me ha hablado de los sentimientos más puros de su alma. Yo tengo que hablarle a usted de dinero.

ARTURO

¿Hay alguna novedad?

DON GUSTAVO

Hay muchas novedades, amigo mío.

ARTURO

Buenas, por lo visto.

DON GUSTAVO

No pueden ser mejores.

ARTURO

¿Qué me dice usted? ¿Pareció Barrios?

DON GUSTAVO

Pareció Barrios. Y me atrevo a esperar que muy pronto entrará usted en posesión de lo que es suyo.

ARTURO

Pero ¿está usted seguro de lo que dice? ¿No es una broma, don Gustavo?

DON GUSTAVO

Sonriendo.

No, hombre, no.

ARTURO

Bueno, es que... ¡Es tan inesperado esto! ¿Pero Barrios tiene pruebas suficientes?

DON GUSTAVO

Espero que muy pronto tendré la satisfacción de entregarle un testamento ológrafo del viejo duque, que le hace a usted dueño de su fortuna.

ARTURO

¿Eh?

DON GUSTAVO

Su tío de usted cumplió su palabra, amigo Arturo.

ARTURO

¡Bueno! ¡Es usted el hombre más grande que hay en el mundo!

DON GUSTAVO

¡Ja, ja! No tanto...

ARTURO

¿Cómo que no tanto? Yo no sé, don Gustavo, cómo podré pagarle lo que usted ha hecho por mí.

DON GUSTAVO

¿Cómo? Ya se lo he dicho. Haciendo muy feliz a mi hija.

ARTURO

Eso ya se lo he prometido. Y crea usted que haré todo lo posible por convencer a mi madre.

DON GUSTAVO

¿A su madre de usted?

ARTURO

¡Hombre, es natural! Mi madre no ve más que por los ojos de su hermano. Y Papín ya sabe usted cómo es. Mi madre es una señora muy rancia, muy chapada a la antigua... Las ideas modernas no han logrado penetrar en su pensamiento... Usted conoce cuáles son mis sentimientos; espontáneamente se los acabo de confesar... Pero mi madre piensa de otro modo... Claro que yo procuraré convencerla. Soy un hombre que no ceja en sus propósitos. Tardo en decidirme, pero cuando me decido a una cosa es para cumplirla. Ya usted me conoce.

DON GUSTAVO

No sé.

ARTURO

Verdaderamente, don Gustavo, que es difícil encontrar un hombre tan caballeroso y tan noble como usted. He venido aquí impulsado por un sentimiento de dignidad y...

DON GUSTAVO

Yo creía que de cariño.

ARTURO

Las dos cosas. Porque, de no existir la conversación que tuvo usted ayer con mi tío, que es el tío más indiscreto que ha nacido en España, yo habría demorado mi visita, como usted ha dicho muy bien. Por eso usted tiene la lealtad de no considerarme aún comprometido. Claro que en usted influye la consideración de que Carolina es muy joven, y lo que ella cree un verdadero amor puede que sea una ilusión de su juventud nada más.

DON GUSTAVO

Señor duque del Olmo: ha venido usted aquí porque deseaba hablar conmigo. Yo también tenía que hablar con usted. Como los dos nos hemos dicho lo que teníamos que decirnos, creo que podemos dar término a esta entrevista. A mí sólo me resta añadir que tendrá usted dinero mucho antes de lo que pensaba.

Toca un timbre.

ARTURO

¿Qué quiere usted decir?

DON GUSTAVO

Lo que acaba usted de oirme, nada más.

ARTURO

No quiero figurarme lo que se atreve a pensar de mí.

DON GUSTAVO

Pues hace usted mal.

Sale el criado por el foro.

Acompañe a este señor.

Don Gustavo hace mutis por la derecha.

ARTURO

¡Bueno está! Qué cosa más desagradable. ¡Después de todo...!

Inicia el mutis por el foro. Al salir se encuentra de frente con Carolina, que entra.

CAROLINA

Extrañada.

¿Te vas?

ARTURO

Tu ilustre padre acaba de ponerme de patitas en la calle.

CAROLINA

Pero ¿qué dices, Arturo?

Al criado.

Usted ¿qué hace aquí?

CRIADO

Nada, señorita. Es que el señor...

CAROLINA

Márchese.

Mutis criado.

Pero ¿qué dices, por Dios? ¿Qué te ha ocurrido con papá? ¿Te ha dicho...?

ARTURO

¿El qué?

CAROLINA

Eso, lo de tu asunto, lo del testamento... ¿Te ha dicho...?

ARTURO

Sí me lo ha dicho, sí. Y yo lamento, Carolina, que razones de dignidad me obliguen a salir de esta casa como nunca pensé. Tú sabes cuál era mi mayor deseo. Adiós.

CAROLINA

¡Por Dios, Arturo, no te vayas ahora! Pero ¿qué razones de dignidad son esas? ¿Qué te ha dicho mi padre?

ARTURO

¡No sé lo que se habrá figurado!

CAROLINA

¿De qué? Mi padre es incapaz de ofenderte sin motivo.

ARTURO

No sé de qué. Mira, nenita, no debo seguir aquí ni un minuto más, ¿sabes? Ya hablaremos.

CAROLINA

¿Cuándo?

ARTURO

Mujer, no sé cuándo. Un día cualquiera. Cuando nos encontremos por ahí...

CAROLINA

A punto de llorar y sin comprender aún del todo.

¡Arturo! ¿Entonces es que...?

ARTURO

Tu padre se ha puesto conmigo de un modo que... Comprenderás que yo no puedo dignamente...

CAROLINA

Haciendo esfuerzos para no llorar.

Arturo...

ARTURO

Tú sabes lo que yo te quería... No puedes dudarlo. Pero yo no estoy acostumbrado al trato que se me acaba de dar. Creí que venía a hacer un honor y me han contestado con una grosería.

CAROLINA

¡Oh! ¡Arturo!

ARTURO

Yo soy el primero en lamentarlo.

CAROLINA

¿Y te marchas así...? ¿Me dejas así después de lo que has sabido?

ARTURO

¿Qué he sabido?

CAROLINA

¡Nada! No quiero detenerte. Vete, Arturo. ¡Vete!

ARTURO

Ahora no. Antes me tienes que explicar tus palabras.

CAROLINA

Ya te las explicaré un día cualquiera, cuando nos encontremos por ahí. Ahora, vete, Arturo. ¡Te lo suplico por lo que más quieras! Es lo último que te pido... Vete, Arturo... Vete..., vete.

Las últimas frases las dice llorando con desconsuelo.

ARTURO

¡Pero, mujer, por Dios, no te pongas así! Sin duda yo debo haberme expresado mal.

CAROLINA

Sin duda, sí. Pero déjame, Arturo. ¡No me hagas sufrir más! Concédeme lo último que te pido. Vete, Arturo, ¡por caridad! ¡Vete!

Sale Manolo por la derecha. En la mano trae un sobre.

ARTURO

Volviéndose iracundo.

¿Tú qué tienes que ver aquí?

MANOLO

Yo nada, hijito. Vengo de parte de mi tío...

ARTURO

¿Otra nueva impertinencia?

MANOLO

No.

Arrojando el sobre sobre una mesa.

Esto.

ARTURO

Recogiéndolo.

¿Y qué es esto?

MANOLO

Dinero. ¡Veinte millones de pesetas! ¿No era dinero lo que tú querías? Pues ahí lo tienes: dinero.

ARTURO

¡Sambenítez!

MANOLO

¡San narices! Vete ya, ¡anda, rico! Tu dinero es tuyo. ¡Pero ella, no!

ARTURO

¡Te arrepentirás de esas palabras!

MANOLO

Es posible. Adiós.

ARTURO

¡Adiós!

Vase Arturo por el foro.

CAROLINA

Desolada.

Infame..., infame...

MANOLO

¡Ah, se me olvidaba!

Corriendo a la puerta del foro.

¡Recuerdos a la carraca de tu tío! Se me había olvidado. Y hubiera sido una lástima. La enhorabuena ya se la di ayer.

CAROLINA

Infame..., infame...

MANOLO

Mirando desde las cortinas del foro.

Ya se marcha... Ya está en la escalera. ¡Ya han cerrado la puerta!

Dando un suspiro de satisfacción.

¡Ah!

CAROLINA

Infame...

MANOLO

Acercándose a ella.

¡Carolina...!

CAROLINA

¡Déjame!

MANOLO

Carolina, no llores.

CAROLINA

¡Déjame!

MANOLO

No llores. Ese hombre no merece que tú llores por él.

CAROLINA

No lloro por él. ¡Te lo juro! Lloro por la ilusión perdida, porque el mundo no es como yo creía, por... ¡No sé por qué lloro...! Por muchas cosas y por nada. Por todo menos por él.

MANOLO

¡Pobre nenita!

CAROLINA

No me compadezcas, ¡eso no! Yo no merezco compasión, sino plácemes; la enhorabuena, como él.

MANOLO

Por haberle conocido a tiempo, ¿verdad?

CAROLINA

No. Porque hoy es el día más grande de mi vida, porque dentro de mí acaba de ocurrir una cosa que ya no volverá a suceder nunca... ¡Porque era una niña y ahora ya soy una mujer! A costa de mi corazón destrozado, de mi amor propio hecho jirones, a costa de perder la ilusión en la vida. Pero ya no soy una niña. Ahora soy una mujer...

Sollozando.

¡Ya soy una mujer!

MANOLO

Conmovido.

¡Carolina...!

CAROLINA

¿No me felicitas, Manolo?

MANOLO

No sé.

CAROLINA

Ven aquí..., dame la mano... ¿Me perdonas?

MANOLO

¿Por qué?

CAROLINA

Por no quererte... Ahora comprendo lo que te hice sufrir.

Ingenua.

Pero yo no tengo la culpa, Manolo. ¡Yo no tengo la culpa de no quererte!

MANOLO

¡Qué cosas dices!

CAROLINA

¡Pero si es verdad! Tú eres muy bueno. Yo sé que tú me quieres mucho. ¡Yo quisiera quererte por eso! Y no te quiero. ¡Ya ves qué desgracia! No te quiero a ti y he querido a ese mamarracho. ¿No es para que me desespere y patalee?

MANOLO

¡Pobre cabecita loca, que soñaba con el príncipe encantado, como en los cuentos de hadas! ¡Y no llores más, ea! ¡Se acabó! De lo contrario no voy a tener más remedio que echarme a llorar yo también. Y yo no quiero llorar. ¡A mí no me da la gana de llorar! ¡Yo no tengo motivos para estar triste!

Llega Natalia por el foro.

NATALIA

¡Hijos, vengo loca! ¡Loca, loca, loca! Me ha venido siguiendo otra vez el pollo del mes pasado. Ya he averiguado que es un vizconde.

MANOLO

¡Anda ésta!

NATALIA

A Carolina.

¿Qué te pasa a ti?

CAROLINA

Nada.

NATALIA

Lo digo porque en la calle acabo de ver a tu novio con una cara que le llegaba a las rodillas. Va mal lo de su herencia, ¿verdad?

MANOLO

Todo lo contrario. Arturo tendrá todos los millones del difunto duque del Olmo.

NATALIA

¿Qué me cuentas? ¿Entonces ganará el pleito a la condesa?

MANOLO

A la condesa, desde luego. ¡Pero lo que es a mí...!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El más feliz, comedia, en un acto.

Alboradas, cuentos.

Lo que ha de ser, comedia dramática, en tres actos.

Por el amor de Dios, comedia dramática, en tres actos, en colaboración con Enrique de Alvear.

Eduardo y su vecina, paso de comedia.

El emigrante, libreto de zarzuela de costumbres regionales, en dos actos.

La pimpinela escarlata, adaptación de la novela inglesa de la baronesa de Orcy, en cuatro actos, en colaboración con D. Federico Reparaz.

El dilema, comedia dramática, en dos actos.

El dinero del duque, comedia, en tres actos.

EN PREPARACION

1830, ópera cómica, en un acto, en colaboración con Luis Soler, música del maestro José María Franco.

La barraca, novela de Vicente Blasco Ibáñez, escenificada en tres actos y un prólogo.

Dios, Patria y Rey, comedia histórica, en cuatro actos.

Precio: 4 pesetas.